



www.adventistas.org/ministeriopersonal



SEMANA SANTA 2016

Compasión

SERMONARIO



SEMANA SANTA 2016

Compasión

Ficha Técnica:

Temas: Juan Choque Fernández

Coordinador General: Everon Donato – DSA

Secretaria: Ruth León

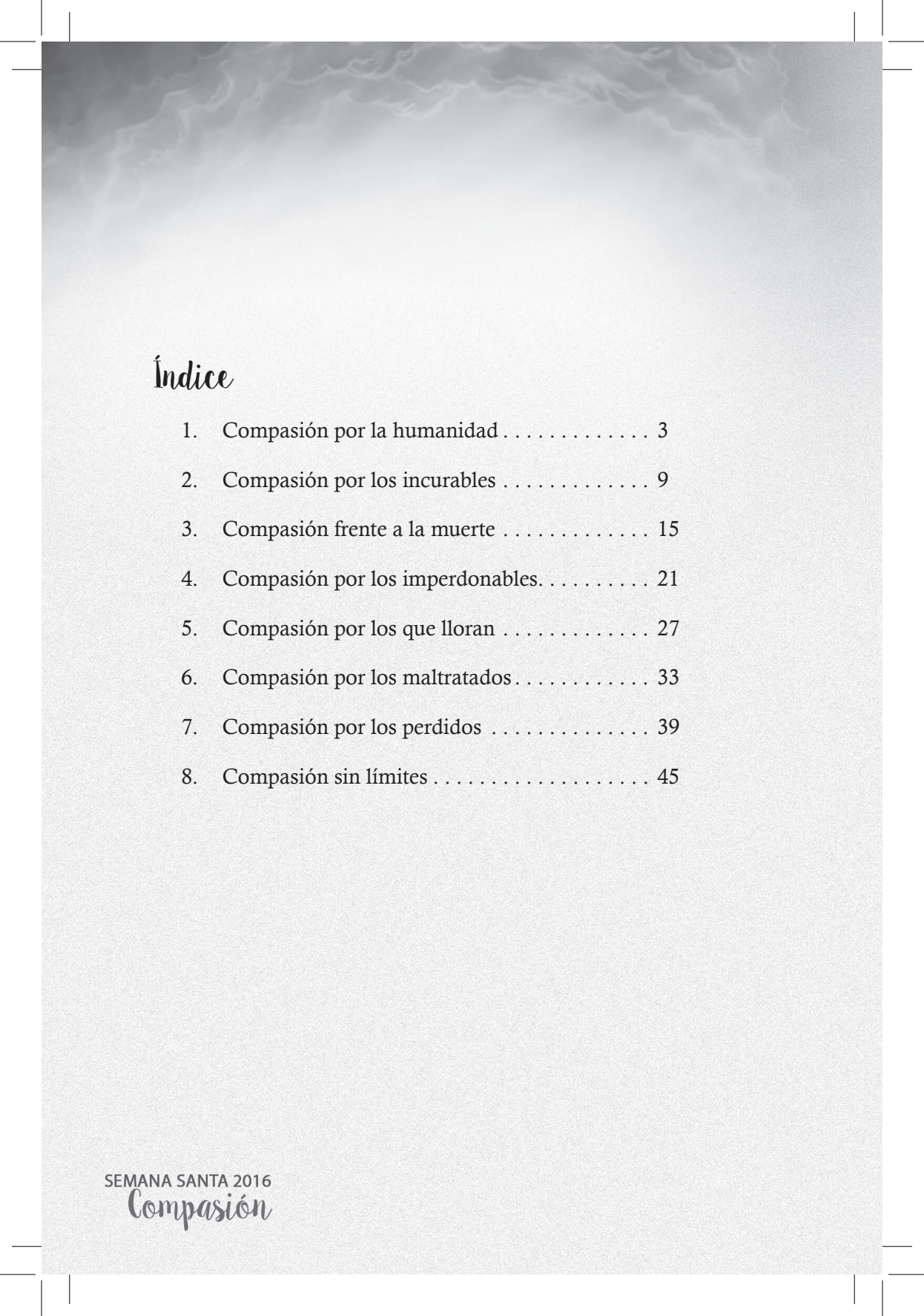
Diagramación y arte: Victor Hugo Flores

Pintura original: JoCard

Derecho de traducción y publicación: División Sudamericana

Realización: División Sudamericana





Índice

1. Compasión por la humanidad 3
2. Compasión por los incurables 9
3. Compasión frente a la muerte 15
4. Compasión por los imperdonables. 21
5. Compasión por los que lloran 27
6. Compasión por los maltratados 33
7. Compasión por los perdidos 39
8. Compasión sin límites 45

Tema 1

COMPASIÓN POR LA HUMANIDAD

Mateo 9:36

INTRODUCCIÓN

En esta semana, la palabra principal será “compasión”. Siendo así, vamos a desafiarnos a aprender la palabra “compasión” en el idioma griego: *Esplagnisomai*. Se puede traducir también como “sentir simpatía, lástima, ser movido a misericordia de corazón”. Spurgeon dijo que esta palabra griega “Es muy notable. No se halla en el griego clásico, no se halla en la *Septuaginta* (la traducción griega del Antiguo Testamento). Era una palabra creada por los evangelistas (Mateo, Marcos y Lucas). Ellos no hallaron una palabra en todo el idioma griego que lograra su propósito, y por eso la crearon. Expresa la emoción más profunda, un dolor en las entrañas, una punzada en el estómago, un anhelo interior con lástima. El corazón de Cristo estaba listo para estallar de lástima por el dolor que sus ojos miraban. Tuvo compasión por los que sufrían ante él. Si sumáramos el carácter entero de Cristo, podría resumir a una frase: ‘Tuvo compasión de ellos’. Sí, eso es *Esplagnisomai*.”

Podemos deducir que la razón por la que no había palabra para describir “la compasión” en el idioma griego, era porque la nación greco-romana no sentía dicha emoción. Era una civilización degenerada en crueldad. El Apóstol Pablo describe a esta “civilización” como gente “sin afecto natural (que no aman), implacables (que no perdonan), sin misericordia (que no tienen compasión)” (Romanos 1:31). El Dr. Charles Hodge dijo: “El retrato que se pinta aquí es oscuro, aunque no es tan oscuro como el que presentan los más distinguidos autores griegos y latinos de sus propios coterráneos (en el primer siglo).”

I. COMPASIÓN POR LAS CIUDADES (Mateo 9:35)

Jesús recorría “todas las ciudades y las aldeas, enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia”.

Vivir en una ciudad es cada vez más complicado. Las 7 ciudades con mayor número de habitantes en el mundo son: Tokio con 37.800.000, Nueva Delhi con 27.000.000, Seúl con 25.000.000,

Shangai con 24.750.000, Bombay con 23.140.000, Ciudad de México con 21.600.000 y Sao Paulo con 21.200.000. Las palabras que definen a una gran ciudad, serían: congestión, inmoralidad, caos, violencia y descontrol.

En los tiempos de Cristo, no era muy diferente. Había ciudades inmensas. Hablemos de lo despiadados que eran los romanos, y su crueldad sanguinaria en los coliseos, donde la gente se regodeaba en borrachera mientras gladiadores, y hasta niños pequeños eran despedazados por osos y leones salvajes. También era una práctica común de estos paganos “abandonar” a sus bebés recién nacidos, no deseados a la intemperie para morir en los campos y bosques, en una forma cruel de aborto.

Pero cuando Cristo vino, sus seguidores salvaron a muchos de ellos. Y era común que aquellos primeros cristianos fueran a los campos y bosques a rescatar bebés que lloraban, abandonados allí para morir. La compasión de esos primeros cristianos era una novedad en el mundo greco-romano del primer siglo. Y era una de las grandes características de la nueva religión que atrajo a decenas de miles de personas a las iglesias. ¡Aquellos primeros cristianos habían aprendido de Cristo mismo a tener compasión!

Cristo no temió a las ciudades. El texto dice que Jesús recorría todas las ciudades y aldeas. Todas (había unas 200). Su pasión por alcanzar todas las ciudades grandes y pequeñas reflejaba su preocupación por las miles de personas que viven en ellas.

Cristo podía haberse quedado en una sola ciudad. Había suficiente trabajo que realizar en Jerusalén o en otra ciudad.

- a. Me imagino a Jesús comenzando el día y sus discípulos le dicen: Maestro, no hemos terminado la obra aquí, tenemos que sanar a muchos enfermos, hay que terminar el trabajo-. Jesús debe haber contestado, debo predicar en todas las ciudades vecinas, para eso he sido enviado. Pensaba en la ciudad próxima, y en la siguiente, y en la de más allá. Pensaba en las ciudades en las que jamás había trabajado.
- b. Pablo tuvo la misma visión. Hablaba de los “lugares más allá” (2 Cor. 10:16), zonas no ocupadas. Dijo que debía ir a España y a Roma (Rom. 15:23, 24). Él también entendió que el evangelio tenía que llevarse a todo el mundo.
- c. Tenemos que alimentar a todos. Cuando el Señor alimentó a los cinco mil, hizo sentar a todos en muchas filas, luego de bendecir el pan y comisionar a sus discípulos a que entregaran el pan a toda la multitud. ¿Acaso los discípulos

insistían solo en alimentar a la primera fila, ofreciendo a cada uno de ellos una segunda porción? ¡No! ¡Mil veces no! Si hubieran hecho eso, los de la última fila habrían vociferado -¡Atiéndanos a los que no hemos recibido nada, nos estamos muriendo de hambre!-

- d. Hoy hablamos de la segunda venida de Cristo, ¡y qué injusto que algunos no hayan oído siquiera de la primera! Parece que los de las primeras filas están sobrealimentados y hasta sufren de indigestión espiritual.
- e. La compasión de Cristo nos enseña que tenemos que ir a atender a los de las filas posteriores, hambrientos por pan de vida.

Ilustración

El Dr. Duff, el gran misionero veterano de la India, regresó a Escocia para morir, y al hallarse frente a los altos líderes de su iglesia, hizo su llamado, pero no encontró respuesta. En la mitad de su llamado, se desmayó y fue retirado de la plataforma. El médico se inclinó sobre él, examinándole el corazón. Abrió los ojos:

—¿Dónde estoy? —Exclamó— ¿Dónde estoy?

—Quédese quieto —dijo el médico—, su corazón está muy débil.

—Pero —exclamó el antiguo luchador—, ¡tengo que terminar mi llamado! Llénenme nuevamente. Llénenme nuevamente. No he terminado aún mi llamado.

—Quédese quieto —repitió el médico—, está muy débil para volver.

Pero el anciano misionero se esforzó por ponerse de pie, su determinación venció la debilidad y, con el médico a un lado y otro ayudante del otro, el luchador de cabello blanco fue conducido nuevamente a la plataforma y, mientras ascendía por los escalones del púlpito, toda la asamblea se puso de pie en su honor. Luego continuó su llamado:

—Cuando la reina Victoria llama por voluntarios para la India —exclamó—, cientos de jóvenes responden; pero cuando llama el rey Jesús, nadie acude.

Hizo una pausa, y retomó el discurso:

—¿Es cierto —preguntó— que Escocia ya no tiene hijos para dar a la India?

Nuevamente hizo una pausa. Muy bien —concluyó—, si Escocia ya no tiene jóvenes para mandar a la India, entonces, anciano y gastado como estoy, yo regresaré, y si no puedo predicar me recostaré

en las costas del Ganges y allí esperaré morir, para que sepa la gente de la India que por lo menos hay un hombre en Escocia que tiene suficiente interés por sus almas y que está dispuesto a dar su vida por ellos.

Al instante varios jóvenes de entre la asamblea se pusieron de pie y gritaban:

—¡Yo iré! ¡Yo iré! ¡Yo iré!

Después de haber partido de este mundo el famoso misionero, muchos de esos mismos jóvenes fueron por los caminos de la India, para entregar sus vidas como misioneros, como resultado del llamado que Dios hizo por medio del doctor Duff.

Amigo mío, ¿te has acomodado tanto en este mundo y has perdido la visión de Cristo de llegar a todas las ciudades? ¿Quieres ir? ¿Te ha hablado Dios? ¿Has escuchado su llamado? ¿No contestarías: «Señor, heme aquí, envíame a mí?» (Isaías 6:8). Y si no puedes ir, ¿enviarías a un reemplazante? La decisión está en tus manos.

II. COMPASIÓN POR LAS MULTITUDES (MATEO 9:36)

“Y cuando vio las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban acosadas y desamparadas como ovejas que no tienen pastor”.

Mateo describe lo que Jesús vio en las multitudes y cuál fue su reacción. Emplea dos términos gráficos para describir la condición de las multitudes:

- a. El primer término que describe las multitudes es “acosadas” que traduce una palabra griega que significa: abatido, azotado, agotado, afligido.

El hombre ha destrozado su planeta, ha ocasionado devastación de flora y fauna. Todo esto ha afectado a millones de habitantes de continentes enteros. Además ha hecho una mala distribución de las riquezas. La desigualdad es abrumadora: 85 millonarios poseen lo que 3500 millones de pobres. Traducido en números, casi la mitad de la riqueza mundial está en manos de un insignificante 1% y la otra mitad se reparte entre los 99% restantes.

Esa aflicción de las multitudes afligía a Cristo. No obstante, él iba más lejos. Le afligía, sobre todo, la pobreza espiritual y moral; un mundo que perdió los valores y principios y que marcha a la deriva.

- b. El segundo término, “desamparado”, significa: tirado, echado, esparcido, desparramado. Describe en este término una

multitud sin dirección, sin sentido. Y eso es exactamente lo que también pasa en el mundo. ¿Qué sientes cuando ves una multitud de miles de jóvenes, cargados de adrenalina, gritando eufóricos por su equipo de fútbol? ¿Cuál es tu actitud frente a una multitud que desfila a favor del aborto o a favor del matrimonio gay? Es una multitud que perdió el sentido, que no tiene brújula. La filosofía de este mundo la ha engañado. “No necesitas de Dios”, le han dicho. No necesitas de normas; tú eres tu propia norma. No hay un destino mejor; la muerte es el final. Entonces, ¿hacia dónde va?

Cristo completa la frase al decir, que no tienen pastor. Los “pastores del mundo están llevando a las multitudes al caos, las han conducido al borde del abismo, al verdadero holocausto”.

CONCLUSIÓN

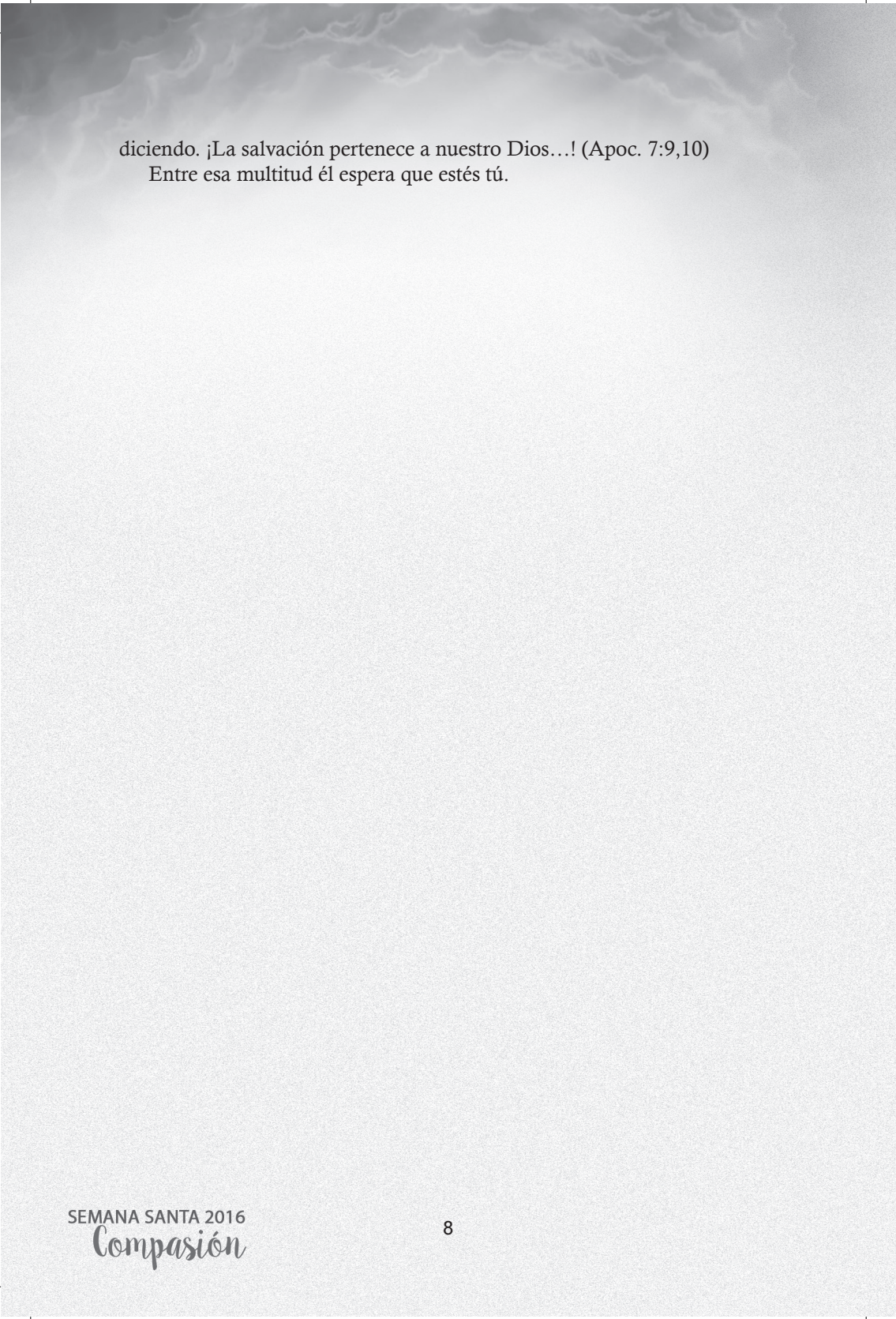
El sentimiento de Cristo nos impresiona. Él sentía compasión por las ciudades y las multitudes. Un amor profundo, un amor que llega a doler en los intestinos. En realidad, no es solo la multitud que le preocupa, es la suma de cada uno de los individuos que la compone. El día que Jesús entraba a Jericó, una multitud lo acompañaba y otra lo recibía. Un individuo, subido al árbol, camuflado entre el follaje, quería ver a Jesús. Tenía un interno sentimiento de admiración y una necesidad urgente de un cambio. Jesús pasó cerca de él, y sin titubear, lo llamó por su nombre y le dijo que ese día, le era necesario alojarse en su casa.

Hoy, tal vez estés escondido entre la multitud creyendo que pasarás desapercibido, pero, la verdad es que Dios, entre la multitud, tiene interés especial en ti y te habla y quiere que formes parte de su equipo, el cual tiene una misión en cada ciudad y en medio de las multitudes.

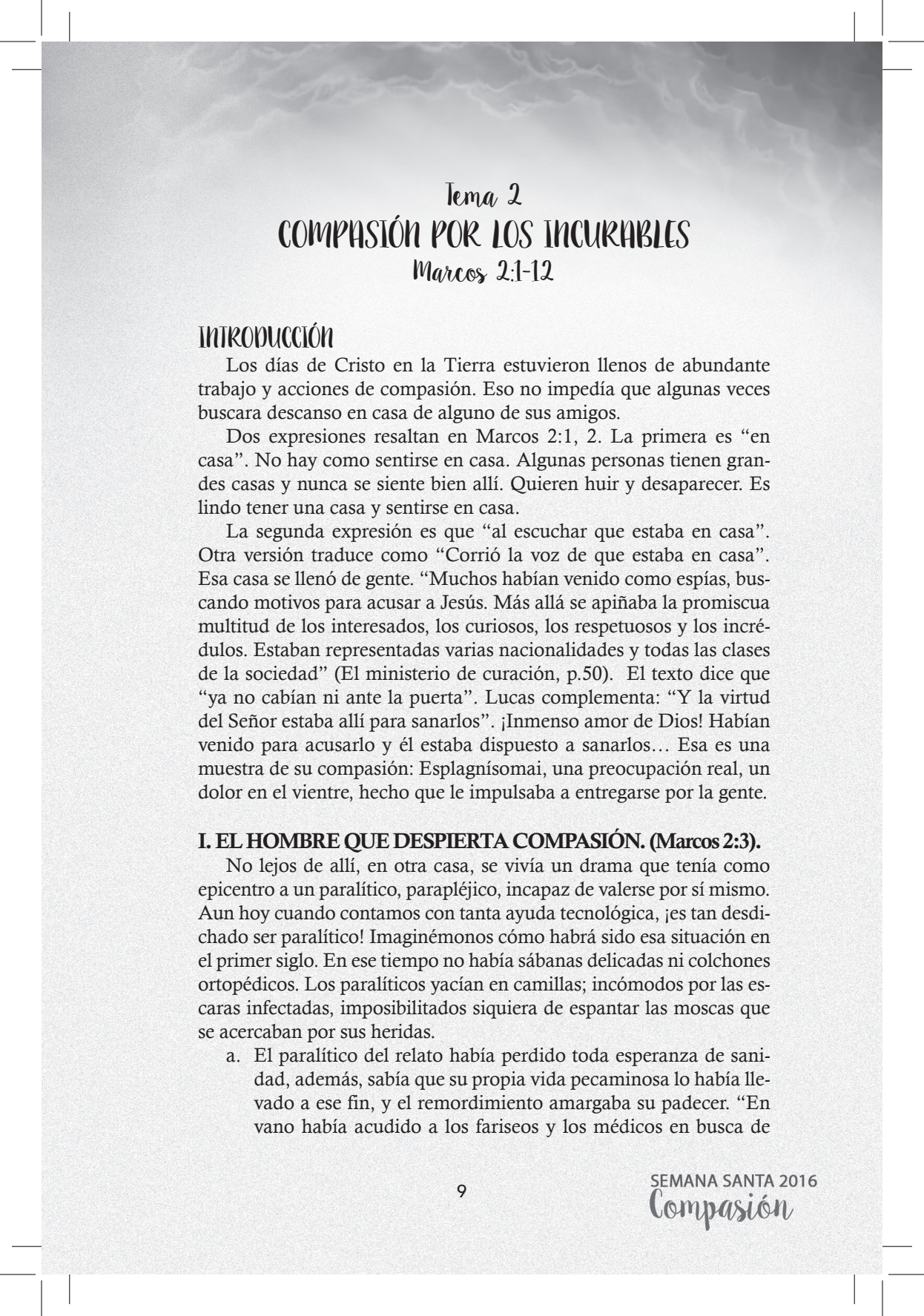
El día que Jesús entró en Jerusalén montado en un asno, se detuvo y lloró en medio del lugar. No lloró por sí mismo, lloraba por el fatal destino de los millares de la ciudad, por la ceguera y dureza de corazón de aquellos a quienes él vino a bendecir y salvar.

Él llora por la multitud, pero también llora por ti, porque te quiere salvar y quiere invitarte a unirte a su equipo de rescate, en los momentos más difíciles de la humanidad.

El ama las multitudes porque un día, una multitud, que nadie podrá contar, de todas las naciones y razas y pueblos y lenguas, de pie delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y llevando palmas en sus manos, aclamará a gran voz,



diciendo. ¡La salvación pertenece a nuestro Dios...! (Apoc. 7:9,10)
Entre esa multitud él espera que estés tú.



Tema 2

COMPASIÓN POR LOS INCURABLES

Marcos 2:1-12

INTRODUCCIÓN

Los días de Cristo en la Tierra estuvieron llenos de abundante trabajo y acciones de compasión. Eso no impedía que algunas veces buscara descanso en casa de alguno de sus amigos.

Dos expresiones resaltan en Marcos 2:1, 2. La primera es “en casa”. No hay como sentirse en casa. Algunas personas tienen grandes casas y nunca se siente bien allí. Quieren huir y desaparecer. Es lindo tener una casa y sentirse en casa.

La segunda expresión es que “al escuchar que estaba en casa”. Otra versión traduce como “Corrió la voz de que estaba en casa”. Esa casa se llenó de gente. “Muchos habían venido como espías, buscando motivos para acusar a Jesús. Más allá se apiñaba la promiscua multitud de los interesados, los curiosos, los respetuosos y los incrédulos. Estaban representadas varias nacionalidades y todas las clases de la sociedad” (El ministerio de curación, p.50). El texto dice que “ya no cabían ni ante la puerta”. Lucas complementa: “Y la virtud del Señor estaba allí para sanarlos”. ¡Inmenso amor de Dios! Habían venido para acusarlo y él estaba dispuesto a sanarlos... Esa es una muestra de su compasión: Esplagnísomai, una preocupación real, un dolor en el vientre, hecho que le impulsaba a entregarse por la gente.

I. EL HOMBRE QUE DESPIERTA COMPASIÓN. (Marcos 2:3).

No lejos de allí, en otra casa, se vivía un drama que tenía como epicentro a un paralítico, parapléjico, incapaz de valerse por sí mismo. Aun hoy cuando contamos con tanta ayuda tecnológica, ¡es tan desdichado ser paralítico! Imaginémonos cómo habrá sido esa situación en el primer siglo. En ese tiempo no había sábanas delicadas ni colchones ortopédicos. Los paralíticos yacían en camillas; incómodos por las escaras infectadas, imposibilitados siquiera de espantar las moscas que se acercaban por sus heridas.

- a. El paralítico del relato había perdido toda esperanza de sanidad, además, sabía que su propia vida pecaminosa lo había llevado a ese fin, y el remordimiento amargaba su padecer. “En vano había acudido a los fariseos y los médicos en busca de

alivio; le habían declarado incurable, y condenándole por pecador, habían afirmado que moriría bajo la ira de Dios” (Ibíd., 49). Al perder toda esperanza de sanidad, anhelaba que ese suplicio llegara su fin.

- b. La parálisis representa el poder del pecado arruinando la vida de la gente. Hay gente paralizada por el alcohol, las drogas, la infidelidad, los vicios secretos y otros venenos que abundan en el mundo. Han destrozado sus propias vidas y han afectado la vida de toda su familia. El remordimiento los consume, creen que son incurables y que no hay esperanza, pero Cristo vino para deshacer las obras del Diablo, romper cadenas, a traer libertad y sanidad.

II. LA COMPASIÓN DE LOS AMIGOS (Marcos 2:3)

“El paralítico había caído en la desesperación. Pero después oyó hablar de las obras de Jesús. Otros, tan pecadores y desamparados como él, habían sido curados, y él se sintió alentado a creer que también podría ser curado si conseguía que le llevaran al Salvador” (Ibíd., 49).

- a. Los amigos. El paralítico contaba con una fortaleza importante: sus amigos. Cuatro amigos maravillosos que al enterarse de que el único médico capaz de sanar esa enfermedad estaba en Capernaum decidieron que no dejarían pasar esa oportunidad. No había tiempo que perder, pues ya su carne demacrada presentaba síntomas de muerte.

Tomando la esterilla lo llevaron por las calles hasta la casa de Pedro para que recibiera la sanidad.

¡Qué clase de amigos estos! Eran verdaderamente amigos. Porque amigos son aquellos que nos llevan a lo bueno. En cambio los “amigos” que arrastran a otros a los vicios y al mal, no deben llamarse amigos sino enemigos.

- b. Los rompetechos. “El enfermo miraba en torno suyo con angustia indecible. ¿Cómo podía abandonar toda esperanza, cuando el tan anhelado auxilio estaba ya tan cerca?” (Ibíd., 50). Entonces, tuvo una excéntrica idea: levantar las tejas del techo, hacer un boquete que le permitiera bajar a los pies de Jesús. Los amigos nunca dudaron. Fueron capaces de romper un techo. John Ortberg, refiriéndose a ese caso, habla de la comunidad de los **rompetechos**: gente capaz de hacer lo imposible por la sanidad de sus amigos.

III. LA FE DE LOS AMIGOS (Marcos 2:5).

“Al ver Jesús la fe de ellos...” (Mar 2:5) Es increíble. El paralítico sería atendido por la fe de ellos, los amigos. ¿Será posible que la salvación dependa tanto de la fe de los amigos?

Es posible que hoy alguien haya sido traído por sus amigos. Hay otros que han venido por la súplica de sus padres. Hay hombres que están aquí por la oración de sus esposas y viceversa. Imagínese: salvo por la fe y la oración de una madre que nunca dejó de orar por su hijo, o el clamor de una mujer por su esposo.

Nunca dejen de orar por las personas a las que aman, nunca dejen de orar por los amigos. Dios recompensará la fe de los que suplican por otros.

Historia

Marcela se entregó al Señor, gracias a un programa de televisión. Eso la sacó de una depresión profunda. Asistía feliz a la iglesia, pero, su esposo nunca quería ir, por más ruegos que ella le hacía. Se limitaba a llevarla y recogerla a la hora exacta. Ella muchas veces tenía que salir antes de terminar el culto para que él no la avergonzara con la bocina del automóvil cuando llegaba a buscarla. Oró 17 años para que Dios tocara su corazón. En una semana de oración, el esposo accedió de mala gana a llevarla todas las noches, exigiéndole que se ciñera al horario. Sin embargo, a fin de ahorrar combustible, el marido decidió esperar hasta la salida. Había un espacio junto a la ventana de la iglesia y sin querer, escuchó el sermón y quedó impresionado. Todas las noches se repitió lo mismo, solo que el esposo le exigía a la señora salir más temprano. En realidad no quería perder el lugar preferencial que había encontrado junto a la ventana. El último día, medio disfrazado, entró a la iglesia y a la salida se las ingenió para hablar con el pastor.

—Soy esposo de Marcela, le dijo. Quiero bautizarme.

El pastor titubeó y le mencionó que no había recibido estudios bíblicos.

El hombre contestó:

—Hace 17 años ella me habla de Dios y conozco todas las doctrinas.

Solo que quiero que me ayude para darle mañana una sorpresa.

El último en entrar al agua seré yo.

Imagínense lo que sucedió. La hermana casi se muere de la impresión cuando vio a alguien tan parecido a su esposo descender a las

aguas; y luego, comprobar que era realmente su marido. Ese realmente fue un milagro.

Es cierto, la salvación es personal. Pero algunos no llegarían a los pies de Jesús a no ser por la fe de los amigos.

IV. LA COMPASIÓN DE CRISTO (Marcos 2:7-12)

- a. Tus pecados te son perdonados. Ahora, a los pies de Jesús yacía el paralítico. Los presentes contuvieron el aliento. No iban a perderse una palabra de las que diría el sanador. Y ahora, con palabras que eran como música para los oídos a los cuales eran destinadas, el Salvador dijo: “Confía, hijo; tus pecados te son perdonados {Mat. 9:2}” (Ibíd., 50)

“La carga de culpa se desprende del alma del enfermo. Ya no puede dudar. Las palabras del Cristo manifiestan su poder para leer en el corazón. [...] La esperanza sucede a la desesperación, y el gozo a la tristeza deprimente. Ya desapareció el dolor físico, y todo el ser del enfermo está transformado. Sin pedir más, reposa silencioso y tranquilo, demasiado feliz para hablar” (Ibíd., 51).

- b. ¿Quién es éste que puede perdonar pecados? Es Cristo, el hijo de Dios, aquel que dentro de poco habría de derramar su sangre en la cruz por los pecados del mundo.

El problema del hombre no solo es físico, sino espiritual. Hay una relación directa entre la salud física y la salud espiritual. Muchas personas están enfermas porque cargan culpas inmensas que nadie en el mundo se las puede quitar. Para eso vino Cristo, para quitar las cargas. Él dijo: Venid a mí, todos los que estéis cargados y cansados y yo os haré descansar” (Mat. 11:28).

Las palabras de Cristo son reales hoy y llegan a tu corazón: “Hijo, tus pecados te son perdonados”. ¿Quisieras recibir el perdón de Dios hoy? Ponte de pie y confíésale tu pecado, él está esperando hacer un milagro en tu vida.

(Música de fondo y esperar que la gente se ponga de pie)

Ahora, ¿hay algún esposo que quisiera pedirle perdón públicamente a su esposa? ¿Hay alguna esposa que quiera pedirle perdón a su esposo? ¿Hay algún padre que desee obtener el perdón de su hijo o hija? ¿Hay algún hijo que quiera pedirle perdón a su padre o su madre?

Si Cristo nos perdona, ¿cómo no podremos nosotros también perdonar a nuestro prójimo? Este es el milagro más grande de Dios. Es el inicio de la sanidad, de la paz y el amor. Esta es la hora del perdón y la reconciliación.

Toma valor y hazlo hoy. No se puede avanzar ni ser feliz, sin arreglar primero los problemas del corazón.

(Solicitar que las familias se unan)

V. LOS EFECTOS DE LA COMPASIÓN (Marcos 2:11)

Sin embargo, los milagros de Dios son completos. La sanidad no solo fue interior sino exterior. Le dice al paralítico “Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa” (Mar. 2:11).

“Entonces él se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa” (Mar. 2:12).

- a. Levántate. Cristo nos habilita para andar y para salir adelante, “levántate” significa valor para continuar.

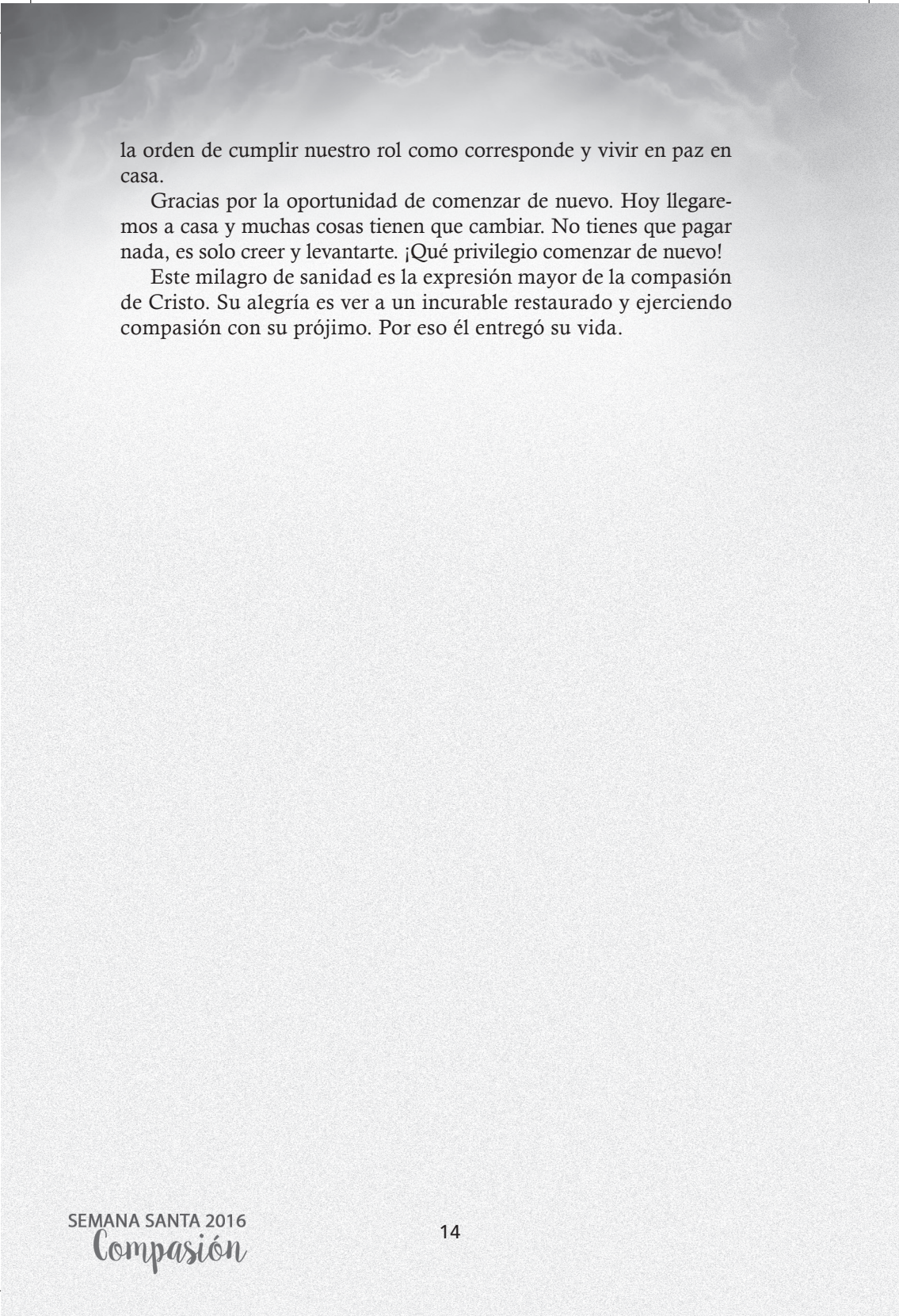
El milagro es total. No es sólo una acción inmediata que se conoce como justificación, sino una que acompaña toda nuestra vida: santificación. No podemos volver a casa y seguir viviendo como lo hacíamos antes, algo sucedió en nuestro ser y esa transformación se renovará todos los días de nuestra vida.

- b. Toma tu lecho. Se refiere a la parte que le corresponde al ser humano. Dios hace el milagro y el hombre lo acepta, se levanta y toma su lecho. No se queda de brazos cruzados, tiene que hacer de su parte y enfrentar su realidad diaria. Significa asumir el rol que le corresponde en el hogar, dejar de hacer algo que está destruyendo su vida.
- c. Vete a tu casa. Significa que es en la privacidad de nuestra casa donde debemos testificar el milagro de Dios. No hay otro escenario para el desarrollo de la personalidad y el carácter como el seno familiar.

En casa es donde probamos nuestra lealtad a Dios y a nuestro prójimo. Por eso Satanás busca destruir el hogar pero Dios sigue sosteniendo las familias.

CONCLUSIÓN

Allí de pie, individualmente y como familias, estamos pidiendo un milagro de amor. Él, lleno de compasión nos dice primero: Hijo, hija, tus pecados te son perdonados, y luego, nos levanta y nos da



la orden de cumplir nuestro rol como corresponde y vivir en paz en casa.

Gracias por la oportunidad de comenzar de nuevo. Hoy llegaremos a casa y muchas cosas tienen que cambiar. No tienes que pagar nada, es solo creer y levantarte. ¡Qué privilegio comenzar de nuevo!

Este milagro de sanidad es la expresión mayor de la compasión de Cristo. Su alegría es ver a un incurable restaurado y ejerciendo compasión con su prójimo. Por eso él entregó su vida.

Tema 3

COMPASIÓN FRENTE A LA MUERTE

Lucas 7:11-17

INTRODUCCIÓN

Fuimos creados para ganar y no perder. Las pérdidas nos dejan marcas difíciles de borrar. Es probable que alguna persona en esta ocasión esté sufriendo por la pérdida de alguien cercano y sienta que su dolor es abrumador. Hoy veremos cómo Cristo es una verdadera fuente de esperanza cuando nos toca enfrentar a este enemigo de todos: la muerte.

Hay pérdidas de diversa naturaleza: pérdida de sueños, amores, cónyuges, estabilidad, etc. Jesús sabe lo que estás pasando y tiene poder para devolvarte más de lo que la vida o las circunstancias te hayan quitado.

I. EL CORTEJO DE LA MUERTE (Lucas. 7: 11-12)

La escena muestra a una viuda que encabeza el funeral de su hijo único.

- a. Tremendo drama. En el marco histórico del primer siglo, no había nada más patético que una mujer viuda en esa sociedad machista. Si algo podía sostenerla, eran sus hijos. Ella tenía solo uno.

Aunque Éxodo 22:22-23 advierte al pueblo de no afligir a las viudas, la suerte de ellas, en los tiempos del Antiguo Testamento era generalmente difícil. Más adelante, Cristo se refiere a la ofrenda de la viuda como una ofrenda de los más pobres entre los pobres (Mc. 12,44). Asimismo, denuncia enérgicamente a los fariseos: “porque devoran las casas de las viudas” (Mt. 23,14).

- b. Además de ser viuda, ahora ella se dirigía a enterrar a su único hijo. En aquellos días solo la misericordia sostenía a una viuda sin nombre. No había un plan de jubilación ni seguros de ninguna clase. Ella sabía que probablemente tenía que recurrir a la mendicidad.

En 1967, los psiquiatras Thomas Holmes y Richard Rahe realizaron un estudio que consistió en el análisis de registros médicos de más de 5000 personas. Gracias a este estudio, elaboraron lo que se conoce como “Escala de estrés Holmes-Rahe”.

Un puntaje superior a 150 puntos de estrés, ya sería suficiente para ocasionar problemas de salud en el paciente. Alcanzar 300 puntos pone en riesgo la vida. Los primeros 17 acontecimientos de esa lista y el puntaje que lleva cada uno se presentan a continuación:

1. Muerte del cónyuge- 100
2. Divorcio- 73
3. Separación matrimonial- 65
4. Encarcelamiento- 63
5. Muerte de un familiar cercano- 63
6. Lesión o enfermedad personal- 53
7. Matrimonio- 50
8. Despido del trabajo- 47
9. Reconciliación matrimonial- 45
10. Jubilación- 45
11. Modificación de la salud de un miembro de la familia- 44
12. Drogadicción y/o alcoholismo- 44
13. Embarazo- 40
14. Dificultades o problemas sexuales- 39
15. Incorporación de un nuevo miembro a la familia- 39
16. Reajuste de negocios- 39

Si consideramos todos los aspectos, la viuda de Naín supera por lejos el puntaje máximo. Obviamente, ella estaba sometida a un dolor que pocas personas podrían superar en la vida. Llega un momento en el que los seres humanos, muchas veces, dicen que prefieren morir.

II. EL CORTEJO DE LA VIDA (Lucas 7:11,14)

La escena dolorosa comienza a cambiar cuando se acerca otro cortejo.

- a. Otra multitud se aproxima. El cortejo de la vida y el cortejo de la muerte se encuentran frente a frente. Los versículos 11 y 12 hablan de esas dos multitudes. Aquella que entraba a la ciudad, encabezada por el Rey de la vida, llena de regocijo, esperanzas e ilusiones. Por otro lado, el cortejo que salía de la ciudad, la otra gran multitud, cargada de dolor y llanto. En realidad, esto representa el encuentro diario en la vida. Los que siguen el camino de la vida y los que van por el camino de la muerte.
- b. En los versículos 13 y 14 se registran por lo menos tres eventos:

1. Jesús se compadeció de ella y le dijo: “no llores”. Compasión: del griego *esplagnízomai*, un dolor decididamente en serio, un dolor en las entrañas, una punzada en el estómago. *Esplagnízomai* por la mujer, por el hijo, y por la multitud. Compasión es sentir el dolor del otro como si fuera el tuyo. Empatía con lo que el otro siente. Solo lo puedes entender cuando tú pasaste por algo similar. Jesús se compadeció de aquella mujer y estaba decidido a convertir su llanto en regocijo.
2. Jesús se acercó y tocó el cajón. Para los judíos, el acto de tocar un muerto significaba contaminación. El proceso de limpieza llevaba varios días de purificación. A él no le importó ese aspecto y lo tocó. Eso nos lleva a entender que no importa la magnitud de nuestra impureza, ni nuestra condición, o cuán inmorales sean nuestros pensamientos, Cristo no tiene un mínimo de problemas en tocarte. Así como ese día, Cristo sigue buscando a quien tocar.
3. Jesús detuvo el cortejo de la muerte. Hay algunos que se hunden en el fango del pecado... Están en el cajón que va en la ruta del sepulcro infernal. Están muertos y no lo saben, son zombis. Viven una farsa. Son impíos porque hacen todo lo que un impío hace: sexo ilegal, alcohol, drogas; permiten que todo tipo de pecado prolifere en sus mentes aun cuando son hijos de Dios. Van a un hueco de muerte eterna. Pero el Espíritu Santo está aquí para parar ese camino al infierno.

III. PALABRAS DEL REY DE LA VIDA (Lucas 7:14)

Cristo no detuvo el cortejo para expresar un pésame. Paró esa marcha para dar vida. Paró para decir: joven, yo te mando, levántate (V. 14).

- a. Es posible que pienses que estás lleno de vida y, sin embargo, estés muerto. Aplica a tu vida esta poderosa orden, ahora. Levántate.
- b. Él también hablaba a un pueblo inerte, una nación sin vida. Aquel que cree en mí —expresó— aun cuando esté muerto, vivirá. Puede ser que tengamos los ojos bien abiertos, pero que estemos muertos. Puede ser que haya una joven que perdió su virginidad, un muchacho vicioso que haya caído en las drogas, y lucha con esa miseria; el que cree en mí, dice Jesús, aunque

esté muerto, vivirá. Existe vida y vida en abundancia en Cristo. Esta es la compasión de Cristo; esta compasión termina en resurrección, en vida nueva.

Ilustración.

Toño era el peor alumno en matemáticas. Cualquier ejercicio lo hacía temblar. Más aun, una ecuación de primer grado lo llevaba a la depresión. Se sentía inútil e inepto para cualquier carrera de ciencias. Un día entró una profesora diferente y comenzó a enseñar de modo especial. Luego de la explicación hizo una pregunta simple. Toño, por primera vez levantó su mano y respondió. Eres un alumno excelente en matemáticas -dijo rápidamente la profesora- tienes potencial para ser el mejor alumno. Toño confiesa de modo jocoso que allí le nació el espíritu de Einstein. Me considera el mejor alumno -pensó- y fue así. Desde ese día, pasó a comportarse como los grandes alumnos de matemática lo hacen. Despertaba pensando en matemáticas, caminaba pensando en las ecuaciones. Toño creyó lo que su maestra le había dicho. Esa idea pasó a su sangre, sus células, y llegó a ser excelente.

Dios te declara hoy cosas grandes pero solo serán realidad si crees. Lo que hace que seas inerte, es que no crees lo que Dios piensa de ti. Si Dios te dice que estás perdonado, entonces cree y lo estarás. Si te dice que tus pecados están en el fondo del mar, lo están. Entonces verás los 10 mandamientos de forma diferente. No considerarás solo los 'no', sino que creerás en el poder para guardarlos, por la gracia de Dios.

Napoleón perdió su caballo, los más experimentados le dijeron que era imposible rescatarlo. Sin embargo, un soldado sin galones ni rango militar se presentó y dijo que él iría a rescatar el animal. Al final del día, vino trayendo el caballo. Al llegar el soldado raso frente a Napoleón, el gran general le dijo: ¡Muchas gracias, capitán!

Satanás te dice que eres perdedor, no obstante oye a Cristo que te dice que eres un hijo de Dios, que estás vivo. No tienes derecho de no creer.

IV. LAS PALABRAS DEL RESUCITADO (Lucas 7:15)

“Al resucitar al joven, éste comenzó a hablar”. No se registra lo que el joven dijo. Pero podemos intuir algunas preguntas que hizo. No es difícil de imaginar que luego expresó gratitud. ¿Sabes por qué no hablamos de Cristo? Porque estamos muertos. Algunos no alaban

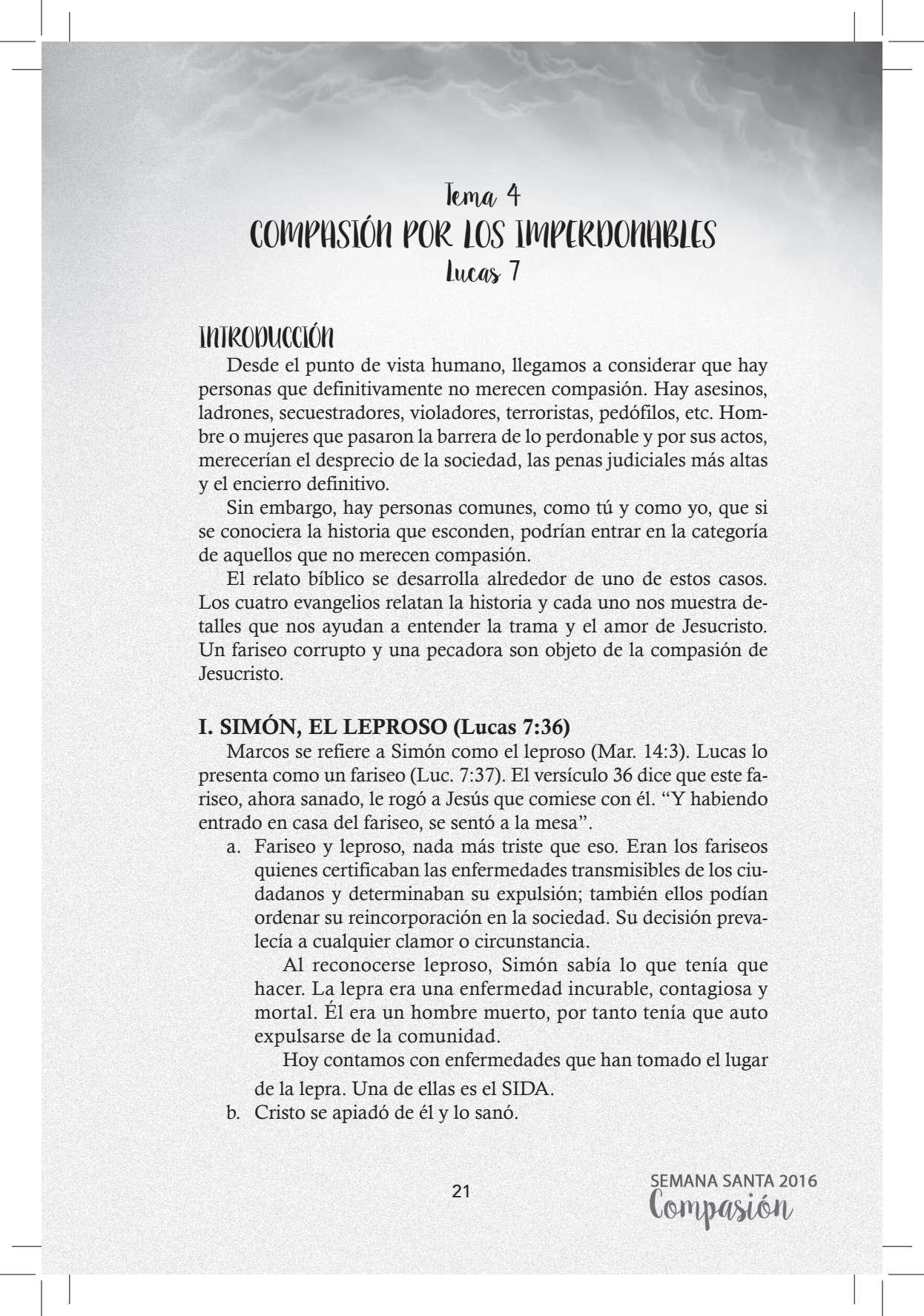
a Dios, no cantan, no testifican, no muestran *esplagnízomai*, porque están muertos. ¿Qué hizo el joven luego de resucitar? Comenzó a hablar, porque pasó de muerte a vida. Ese deseo de hablar su testimonio y de Cristo es una evidencia de que estamos vivos.

CONCLUSIÓN

Cristo, luego de resucitar al joven, lo restituyó a su madre. Le devolvió el hijo que había perdido. Quien había perdido todo, ahora tiene todo de vuelta (v. 15).

Cristo sabe lo que es tener un hijo perdido, porque él perdió a Adán. Jesús sabe lo que es perder un hijo, porque un día te perdió a ti.

Ahora Cristo está esperando que sus hijos queridos vuelvan a sus brazos. Él ha venido a nuestro encuentro, se ha detenido, ha tocado nuestras vidas impuras, detuvo nuestro camino hacia el sepulcro y nos dice: “es hora, levántate”. ¿Qué esperas? Cree en él y ven. Recibe el milagro de una nueva vida. Esta es la mejor expresión de la compasión (*esplagnizomai*) de Dios.



Tema 4

COMPASIÓN POR LOS IMPERDONABLES

Lucas 7

INTRODUCCIÓN

Desde el punto de vista humano, llegamos a considerar que hay personas que definitivamente no merecen compasión. Hay asesinos, ladrones, secuestradores, violadores, terroristas, pedófilos, etc. Hombre o mujeres que pasaron la barrera de lo perdonable y por sus actos, merecerían el desprecio de la sociedad, las penas judiciales más altas y el encierro definitivo.

Sin embargo, hay personas comunes, como tú y como yo, que si se conociera la historia que esconden, podrían entrar en la categoría de aquellos que no merecen compasión.

El relato bíblico se desarrolla alrededor de uno de estos casos. Los cuatro evangelios relatan la historia y cada uno nos muestra detalles que nos ayudan a entender la trama y el amor de Jesucristo. Un fariseo corrupto y una pecadora son objeto de la compasión de Jesucristo.

I. SIMÓN, EL LEPROSO (Lucas 7:36)

Marcos se refiere a Simón como el leproso (Mar. 14:3). Lucas lo presenta como un fariseo (Luc. 7:37). El versículo 36 dice que este fariseo, ahora sanado, le rogó a Jesús que comiese con él. “Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa”.

- a. Fariseo y leproso, nada más triste que eso. Eran los fariseos quienes certificaban las enfermedades transmisibles de los ciudadanos y determinaban su expulsión; también ellos podían ordenar su reincorporación en la sociedad. Su decisión prevalecía a cualquier clamor o circunstancia.

Al reconocerse leproso, Simón sabía lo que tenía que hacer. La lepra era una enfermedad incurable, contagiosa y mortal. Él era un hombre muerto, por tanto tenía que auto expulsarse de la comunidad.

Hoy contamos con enfermedades que han tomado el lugar de la lepra. Una de ellas es el SIDA.

- b. Cristo se apiadó de él y lo sanó.

No se describe el momento de la curación de Simón; sin embargo, la Biblia registra la curación de varios leprosos. Los tocaba, pasaba cerca de ellos, desafiaba su fe. Cristo tenía una manera de ayudar a cada caso.

Así como ayer, Cristo sigue pasando por la vida de desahuciados y sigue haciendo milagros de compasión.

- c. Simón organizó un banquete para celebrar su retorno a la sociedad. El gran invitado era Jesús, su sanador. Además de Cristo, Simón invitó a otros personajes importantes, entre ellos, a Lázaro, quien había sido resucitado.
- d. Cristo aceptó la invitación porque todavía tenía algo que hacer.

“Simón estaba agradecido pero no le había aceptado como Salvador. Su carácter no había sido transformado; sus principios no habían cambiado” (DTG 511:1). Pronto, la realidad de su triste condición interna sería revelada y tendría una oportunidad de recibir un milagro que jamás había imaginado.

Tal es el caso del leproso que volvió agradecido. Los otros nueve se perdieron lo mejor. A este que volvió, Jesús no solo lo limpió y sanó (*terapeúo*), (Luc. 17:17); sino que fue más allá. A él le dijo: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado (*Soso*)” (Luc. 17:19). Exactamente eso es lo que quiere hacer Cristo con todos los que reciben sanidad. El trabajo de Cristo debe ser el modelo para nuestro trabajo por los necesitados.

- e. Compasión es preocupación por las necesidades físicas, y también interés por la salud espiritual. Dios no solo quiere sanidad, también quiere salvación.

II. LA MUJER PECADORA (Lucas 7:37)

- a. Una mujer de la calle.

Lucas 7:37 dice: “Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume”.

Todo estaba preparado para ser una noche memorable, para un retorno triunfal de Simón a la vida en sociedad; sin embargo, algo alteró definitivamente el ambiente y el programa. Fue el ingreso de una mujer que se lanzó a los pies de Jesús.

“Cuando vio esto el fariseo, dijo para sí: ‘Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora’.

Simón conocía demasiado a esa mujer. Ella había sido muy perjudicada por él, porque él mismo la había iniciado en la vida de pecado; sin embargo, ahora la despreciaba. ¿Por qué no la rechazó con indignación como a una persona cuyos pecados eran imperdonables? Ahora se sentía tentado a dudar que era profeta (DTG 519:2).

b. Simón, una cosa tengo que decirte... (Luc. 7:40)

“Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: di, Maestro”.

Cuando el jefe nos dice que tiene que hablar con nosotros, nos ponemos alertas y hasta nerviosos. Cristo sorprendió los pensamientos de incredulidad de Simón. Él había estado leyendo su mente. La mirada de Cristo le mostró que él sabía todo. Entonces entró en pánico. Cristo lo podía delatar delante de la sociedad. Fue en ese punto cuando el Señor relató una historia: “Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado” (Luc. 7:41-43).

Cristo no lo delató. Le habló en un lenguaje que sólo él iba a entender. Sobrecogido de vergüenza, comprendió que estaba frente a alguien superior a él. ¿Ves a esta mujer?, le dijo, es una pecadora. “Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho. Mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama”.

Simón reconoció cuán poco había apreciado la misericordia que había recibido. Mientras pensaba estar leyendo a su Huésped, su Huésped estaba leyéndolo a él.

c. La hora del reconocimiento

Ahora comenzó a verse a sí mismo desde un nuevo punto de vista. Vio que su religión era solo un manto farisaico. Había despreciado la compasión de Jesús. María era una pecadora perdonada, él era un pecador, sanado pero sin perdón.

Una denuncia severa hubiera endurecido el corazón de Simón, pero una paciente admonición por parte de Jesucristo lo convenció de su error.

En esas circunstancias, Jesús se volvió a la mujer y luego de perdonarla, le dijo: “Tu fe te ha salvado, ve en paz” (ver. 50).

Ilustración.

La agencia de noticias ISNA identifica al hombre que iba a ser colgado como Balal. En el 2007, a la edad de 19 años, él asesinó a Abdollah Hosseinzadeh de 17 años de edad. Los dos tuvieron una pelea callejera y Balal sacó un cuchillo de cocina, y apuñaló a Abdollah. El caso sucedió en Irán, donde la horca todavía es aceptada como una forma pública de ejecución. Abdollah ya estaba con la cabeza cubierta, y la soga alrededor del cuello. El joven gritaba y oraba en voz alta; estaba a solo minutos de quedarse totalmente en silencio. En ese instante, aparece la familia de la víctima, y la madre, Maryam Hosseinzadeh, se dirige a la multitud, expresando que ella había estado viviendo una pesadilla desde que perdió a su hijo y que no podía pedirle a sí misma perdonar al asesino. Luego, camina hacia Balal y pide una silla para pararse junto a él. Parada en la silla, abofetea a Balal y le dice: “perdonado”. Luego, para admiración de todos, ella y el padre de Abdollah le quitaron la soga del cuello que un minuto después le habría quitado la vida. La escena concluye con Balal de rodillas y con la familia del condenado corriendo para abrazar a estos padres, para agradecerles con lágrimas el perdón inmerecido que le otorgaron a su hijo.

CONCLUSIÓN

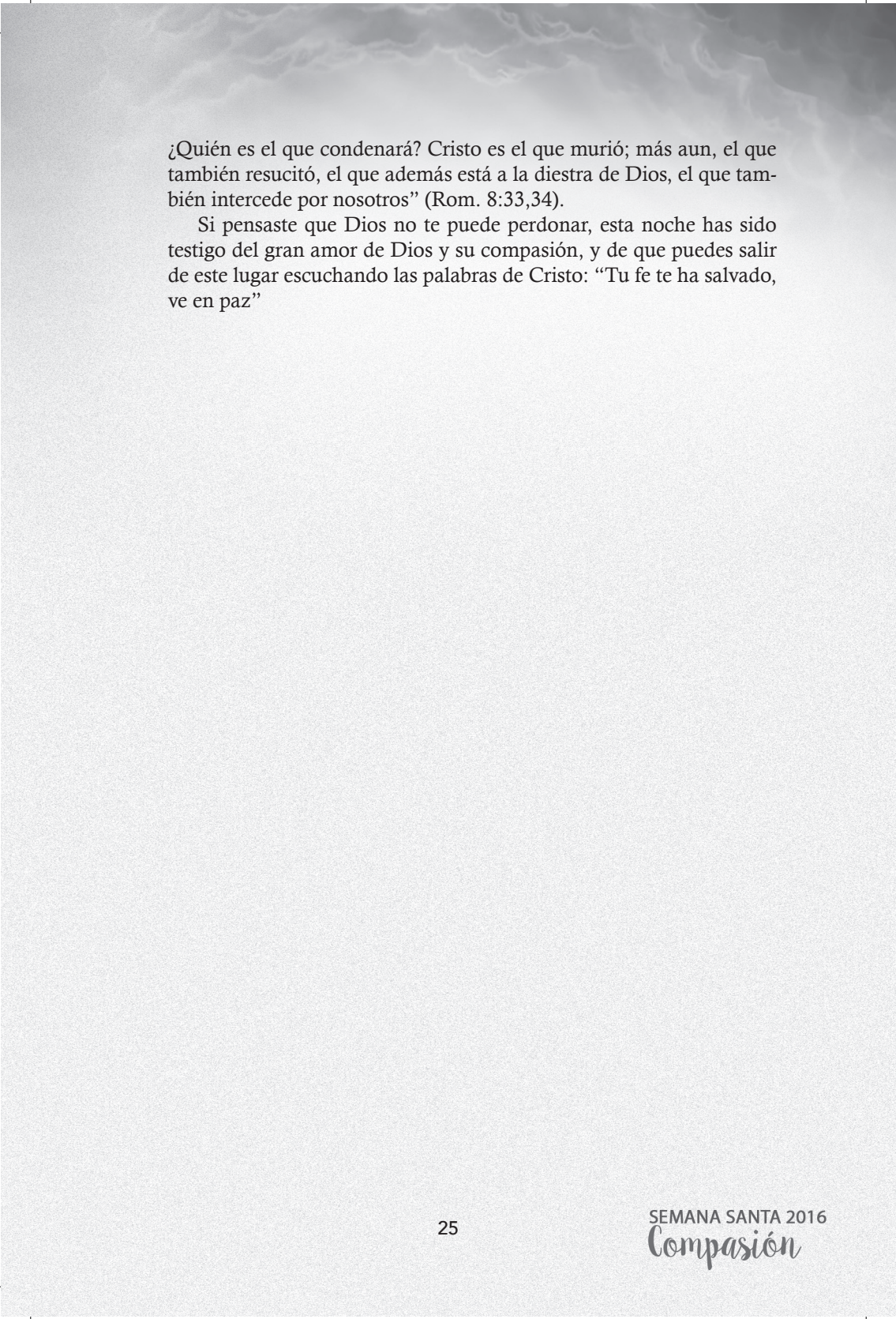
Cuando a la vista humana un caso puede ser desesperado y una persona es considerada imperdonable, Cristo ve en ellos aptitudes para lo bueno. Aquella que había caído tantas veces, y cuya mente había sido habitación de demonios, fue restaurada y puesta en estrecho compañerismo en el ministerio del Salvador.

El fariseo hipócrita, y corruptor de muchachas, descubre avergonzado que Dios conoce su corazón, y aun así está dispuesto a ir más allá de solo sanar su lepra, sino de limpiar la lepra de su alma.

En esa ocasión tan especial, Cristo no solo salvó a María, sino, por su compasión, salvó también a Simón.

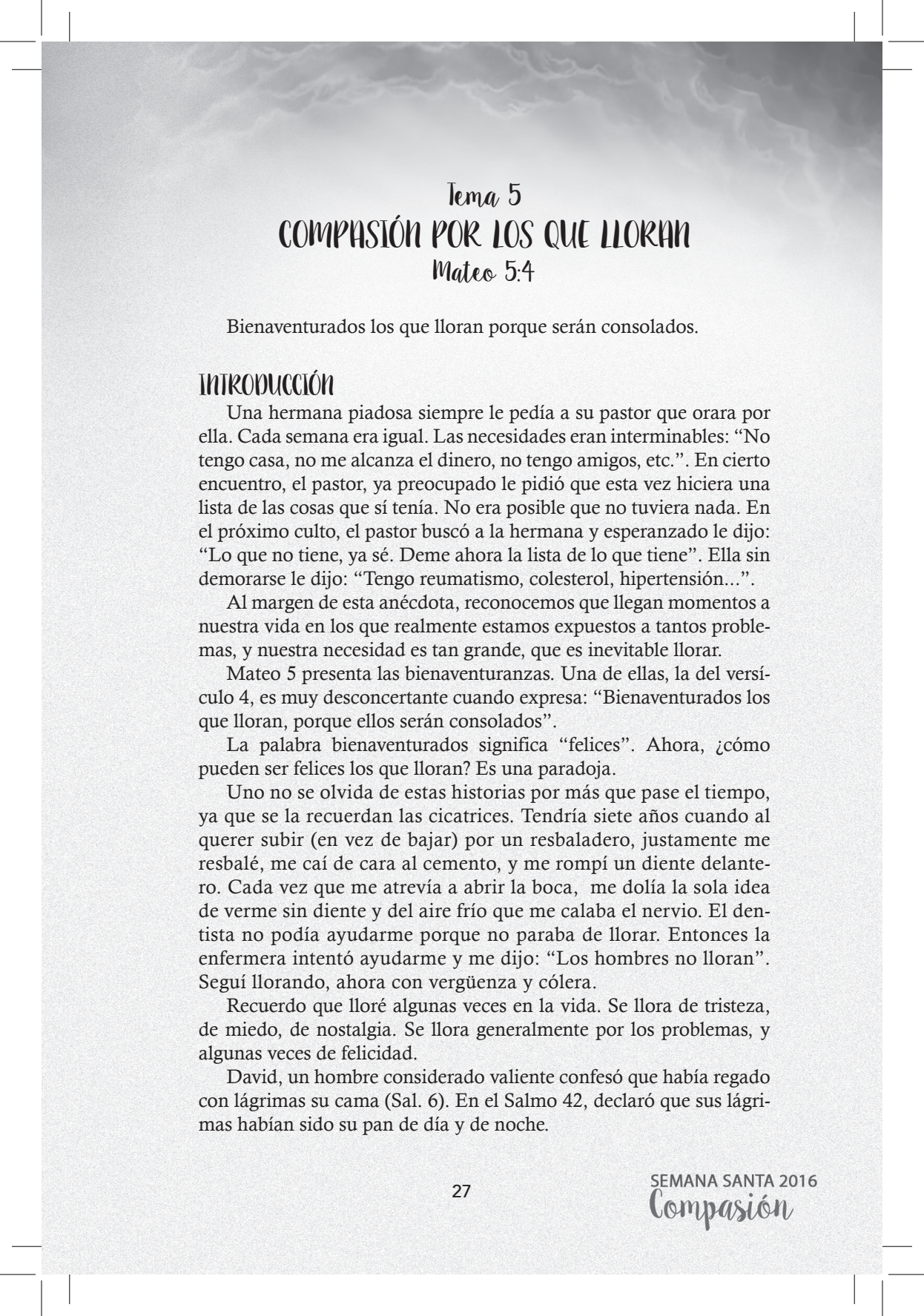
A las almas que se vuelven a él en busca de refugio, Jesús las eleva por encima de las acusaciones. Ningún hombre ni ángel malo puede acusar a estas almas, pues están de pie junto al gran abogado, delante del trono de Dios.

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.



¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:33,34).

Si pensaste que Dios no te puede perdonar, esta noche has sido testigo del gran amor de Dios y su compasión, y de que puedes salir de este lugar escuchando las palabras de Cristo: “Tu fe te ha salvado, ve en paz”



Tema 5

COMPASIÓN POR LOS QUE LLORAN

Mateo 5:4

Bienaventurados los que lloran porque serán consolados.

INTRODUCCIÓN

Una hermana piadosa siempre le pedía a su pastor que orara por ella. Cada semana era igual. Las necesidades eran interminables: “No tengo casa, no me alcanza el dinero, no tengo amigos, etc.”. En cierto encuentro, el pastor, ya preocupado le pidió que esta vez hiciera una lista de las cosas que sí tenía. No era posible que no tuviera nada. En el próximo culto, el pastor buscó a la hermana y esperanzado le dijo: “Lo que no tiene, ya sé. Deme ahora la lista de lo que tiene”. Ella sin demorarse le dijo: “Tengo reumatismo, colesterol, hipertensión...”.

Al margen de esta anécdota, reconocemos que llegan momentos a nuestra vida en los que realmente estamos expuestos a tantos problemas, y nuestra necesidad es tan grande, que es inevitable llorar.

Mateo 5 presenta las bienaventuranzas. Una de ellas, la del versículo 4, es muy desconcertante cuando expresa: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados”.

La palabra bienaventurados significa “felices”. Ahora, ¿cómo pueden ser felices los que lloran? Es una paradoja.

Uno no se olvida de estas historias por más que pase el tiempo, ya que se la recuerdan las cicatrices. Tendría siete años cuando al querer subir (en vez de bajar) por un resbaladero, justamente me resbalé, me caí de cara al cemento, y me rompí un diente delantero. Cada vez que me atrevía a abrir la boca, me dolía la sola idea de verme sin diente y del aire frío que me calaba el nervio. El dentista no podía ayudarme porque no paraba de llorar. Entonces la enfermera intentó ayudarme y me dijo: “Los hombres no lloran”. Seguí llorando, ahora con vergüenza y cólera.

Recuerdo que lloré algunas veces en la vida. Se llora de tristeza, de miedo, de nostalgia. Se llora generalmente por los problemas, y algunas veces de felicidad.

David, un hombre considerado valiente confesó que había regado con lágrimas su cama (Sal. 6). En el Salmo 42, declaró que sus lágrimas habían sido su pan de día y de noche.

Cristo también lloró. Jesús sabe lo que es perder un amigo. Lloró mirando a Jerusalén cuando previó el sufrimiento de ese pueblo de corazón duro. Jesús conocía el dolor que produce llanto. Entonces ¿por qué habla de que en los momentos que lloramos somos felices? Es como decir *felices los infelices*

Presentaremos dos clases de llanto:

I. LLORO POR ESTAR HERIDO.

Dios no prometió que sus hijos nunca tendrían ocasión para llorar, sino que se comprometió acompañar a sus hijos aun en los momentos de llanto. Él siente verdadera compasión cuando sus hijos lloran.

Ahora, ¿por qué Dios permite que a las personas buenas les sucedan cosas malas? Para contestar la pregunta, seguiremos el razonamiento de Wellinton Gil, profesor de Ciencia y Biblia de la Facultad Adventista de Bahía. Él contesta a la pregunta que se hace mucha gente buena: ¿Por qué?

Veamos alguna de las respuestas propuestas:

- a. “Las cosas malas le suceden tanto a las personas buenas como a las malas. No existe una moralidad en los hechos; sólo existe causa y efecto, leyes naturales”. “Dios no tiene nada que ver con eso porque la verdad cruel y simple es que él no existe. Es claro que este tipo de respuesta (atea) no puede satisfacer a la mayoría de nosotros, que creemos que Dios sí existe. Aun así, descartando esa respuesta, la pregunta sigue sonando de manera insistente: ¿Por qué?
- b. Otro tipo de respuesta sería: “Las cosas malas suceden, eso es un hecho. Dios es el Creador, también es un hecho. Y la verdad es que a él no le importa porque está muy distante”. Ese tipo de respuesta (deísta), nos puede llevar a la rebelión. ¿Qué clase de Dios es ese que crea y abandona? ¿Sería una especie de padre cósmico ausente que no se interesa en el sufrimiento de sus hijos? No podemos aceptar eso. Ahora, para los que creemos en un Dios omnipotente y amoroso, el cuestionamiento de Epicurio es punzante: “Si Dios puede acabar con el mal, pero no quiere, es monstruoso”. Si él puede y quiere, ¿por qué no lo hace?
- c. Para los que creemos que existe un cuadro explicativo mayor, llamado “El conflicto de los siglos”, resta un tipo de respuesta (que no siempre nos consuela): “Las cosas malas suceden, no obstante Dios tiene un propósito, aun cuando yo no entienda”. ¿Por qué a veces esa respuesta no nos sirve de consuelo? Es

que el hombre tienen una necesidad peculiar de saber por qué. Sabemos que un día el conflicto terminará, y “Dios enjugará las lágrimas de todos los ojos”, pero el dolor a veces parece tan grande, tan pesado, y para empeorar, que nos seguimos preguntando: “¿Por qué?”

- d. El Profesor Gil propone una respuesta estructurada en la diferencia de una foto y un film. Una foto o una escena congelada, es solo una escena circunstancial de hechos que parecen explicar el todo, pero no es así. La interpretación de una foto puede ser muy distinta a la realidad. Solo si vemos la película completa, entenderemos la verdad. Delante de esto queda la lección de que al buscar respuestas a los porqués de las tragedias, generalmente tenemos acceso solo a “fotos” o escenas instantáneas, que no nos permiten ver la historia que aún no terminó. Cuando estamos inmersos en el dolor es muy difícil entender que “Dios jamás conduce a sus hijos de manera diferente de aquella que ellos mismos escogerían si pudiesen ver el fin desde el principio...”. En esos momentos es importante oír que Dios está diciendo: “Porque yo sé los planes que tengo acerca de ustedes, dice Jehová, planes de bienestar y no de mal, para darles porvenir y esperanza” (Jer. 29:11).
- e. Es allí cuando las palabras bienaventurados los que lloran, tienen sentido. Cuando entendamos toda la historia, veremos que fue lo mejor. Preguntémosle a Job, si concuerda con eso. Es mucho más fácil explicar todo, después de ver el film completo. Job sufrió, pero al final, valió la pena. El final fue mejor que el principio. Dios es un Dios compasivo que busca lo mejor para sus hijos.

Tal vez hoy vino a esta reunión alguien que está herido. Alguien que ha perdido a un ser querido o está pasando una grave crisis porque está sólo, porque tiene un sueño hecho pedazos. Entiende que aunque no sepas por qué, puedes confiar en Dios, que él sabe lo mejor para ti. Él puede ver cosas que tú todavía no has vivido. Desde pequeño he aprendido el poder del abrazo de un padre. Y Dios es un padre lleno de compasión. En el hombro de Cristo se secarán lágrimas. Él sabe lo que es mejor para nosotros.

II. LLORO POR ESTAR ARREPENTIDO.

No siempre el llanto es por arrepentimiento. Por ejemplo, Esaú, al perder su derecho a la primogenitura, se entristecía por los resultados

de su pecado, no por el pecado mismo (CV 63.5). Ese llanto no recibe una bienaventuranza.

Hay tres engaños que impiden entender el verdadero arrepentimiento.

- a. El engaño de la comparación. Puede ser que al compararte con otros pecadores, hasta parezcas un santo. “Al fin de cuentas, no soy muy malo”. “Todo el mundo vive así y no pasa nada, no hacemos mal a nadie”. Minimizas tu pecado.

El fariseo dice: Te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano... (Luc. 18:11,12). La oración del fariseo no fue tomada en cuenta; fue la oración del pobre publicano quien únicamente pudo decir “Dios sé propicio de mí pecador”, la que suscitó la compasión del Señor. Su oración fue aceptada.

- b. El engaño social. Este es una trampa peligrosa. “El mundo es injusto, —decimos— existe desigualdad. Realmente nosotros no somos culpables, ya que estamos obligados a vivir así. Solo somos culpables de la culpa social”. Ese enfoque nos impide enfrentar nuestros propios problemas, así se distrae la verdadera dimensión de nuestra maldad y la proyectamos a la culpa social, así se consigue una excusa que nos impide llegar al arrepentimiento y el verdadero dolor por nuestros errores. “Nadie puede venir a Cristo y conocer su perdón sin sentir que el pecado es una cosa odiosa, pues llevó a la muerte a Cristo” (Spurgeon).

- c. El engaño del tiempo. Aprendimos a contar cosas terribles de nuestro pasado, actos de los cuales nunca nos arrepentimos. Como si el tiempo disminuyera la gravedad de lo que hicimos. Nos engañamos, considerando que el tiempo torna al pecado menos pecado. El tiempo no purifica el pecado. Sólo la gracia y la compasión de Cristo ayudan. De este modo, el pasado, sólo me debe traer humildad y reverencia.

No creas que el perdón de Dios no tiene que ver con la historia. La Biblia enseña que Dios olvida y oculta los pecados en el fondo del mar, y que quita de tu cuenta esa deuda, luego de que te arrepientes y, caído a los pies de Cristo, permites que la sangre de Cristo limpie tu pecado. La verdad es que ahora, Cristo mismo lleva tu culpa.

Cuando nos colocamos delante de Dios percibimos cuán lejos estamos de él, y llegamos a entender la verdadera maldad que hay en nuestra vida.

- d. La oración de David, después de su caída, ilustra la naturaleza del verdadero dolor por el pecado. Su arrepentimiento fue sincero y profundo. No se esforzó él por atenuar su culpa, y su oración no fue inspirada por el deseo de escapar al juicio que le amenazaba. David veía la enormidad de su transgresión y la contaminación de su alma. No solo pidió perdón, sino que también su corazón fuese purificado. Anhelaba el gozo de la santidad (CC 25:1).

Y luego de su inmenso dolor y lágrimas por su pecado, exclama: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado” (Salmo 32:1,2). Esa es la clase de llanto que Cristo ha venido a consolar. Es a aquellos que lloran con verdadero arrepentimiento a quienes con compasión infinita, Cristo les dice: “Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados”.

CONCLUSIÓN

Como pastor, crié a mis hijos en las costumbres y en la fe del Señor. Vivíamos en una linda institución cristiana y nuestra casa quedaba justamente frente al campo deportivo. Luego de hacer sus tareas, mis dos hijos estaban autorizados para jugar. El ejercicio les hacía bien, y yo prefería verlos corriendo que sentados, en grupo, planeando travesuras. Un día, alguien me dijo algo en tono muy confidencial: —“¿Sabe pastor que su hijo dice groserías? Sí... vaya al campo deportivo y lo comprobará”.

Esa declaración me hizo temblar. ¿En qué momento perdí a mis hijos?, me pregunté. Esa misma tarde fui al campo deportivo. El sol se había puesto y la luz del alumbrado público iluminaba esa área a medias. Pude esconderme detrás de una pared y me quedé allí un buen tiempo. A medida que pasaba el tiempo, fui asumiendo que todo había sido un error. Era imposible que mis hijos dijeran cosas así. Ya me iba a retirar, cuando escuché una mala palabra. Di un salto para ver si era mi hijo, pero entre la luz tenue, vi a dos. “Creo que debe haber sido el otro niño”, me consolé. “Voy a esperar un poco más”. Pasaron otros minutos y nuevamente, esa mala palabra y otras más. Salté nuevamente al campo, y esta vez, allí, solo, cerca del arco, inconfundible, estaba mi hijo, ahora sorprendido y horrorizado. Me acerqué a él. Los demás niños me vieron y desaparecieron como por arte de magia. Nos quedamos allí solamente él y yo. No cruzamos palabras. Solo le dije: “vamos a casa”. Ese camino de 30 metros se

hizo largo. El padre adelante y el hijo culpable atrás. Iba como corde-ro al matadero. ¿Qué voy a hacer? Pensé. ¿Cómo lo voy a disciplinar? ¿Qué sucede si solamente le hablo y lo perdono? ¿Será suficiente? ¿Qué clase de castigo debía recibir? “Seré firme”, decidí. “Debe saber que nunca más podrá pronunciar esas palabras...”.

Ya cerca de la puerta, en esa noche que parecía más oscura que nunca, mi hijo corrió hacia mí y me tomó de las piernas y se puso a llorar. “No me dejaré conmover”, pensé. “Este niño quiere convencerme con sus lágrimas para que no lo castigue”. “No voy a ceder”, confirmé. Con frialdad le dije:

—¿Qué quieres?

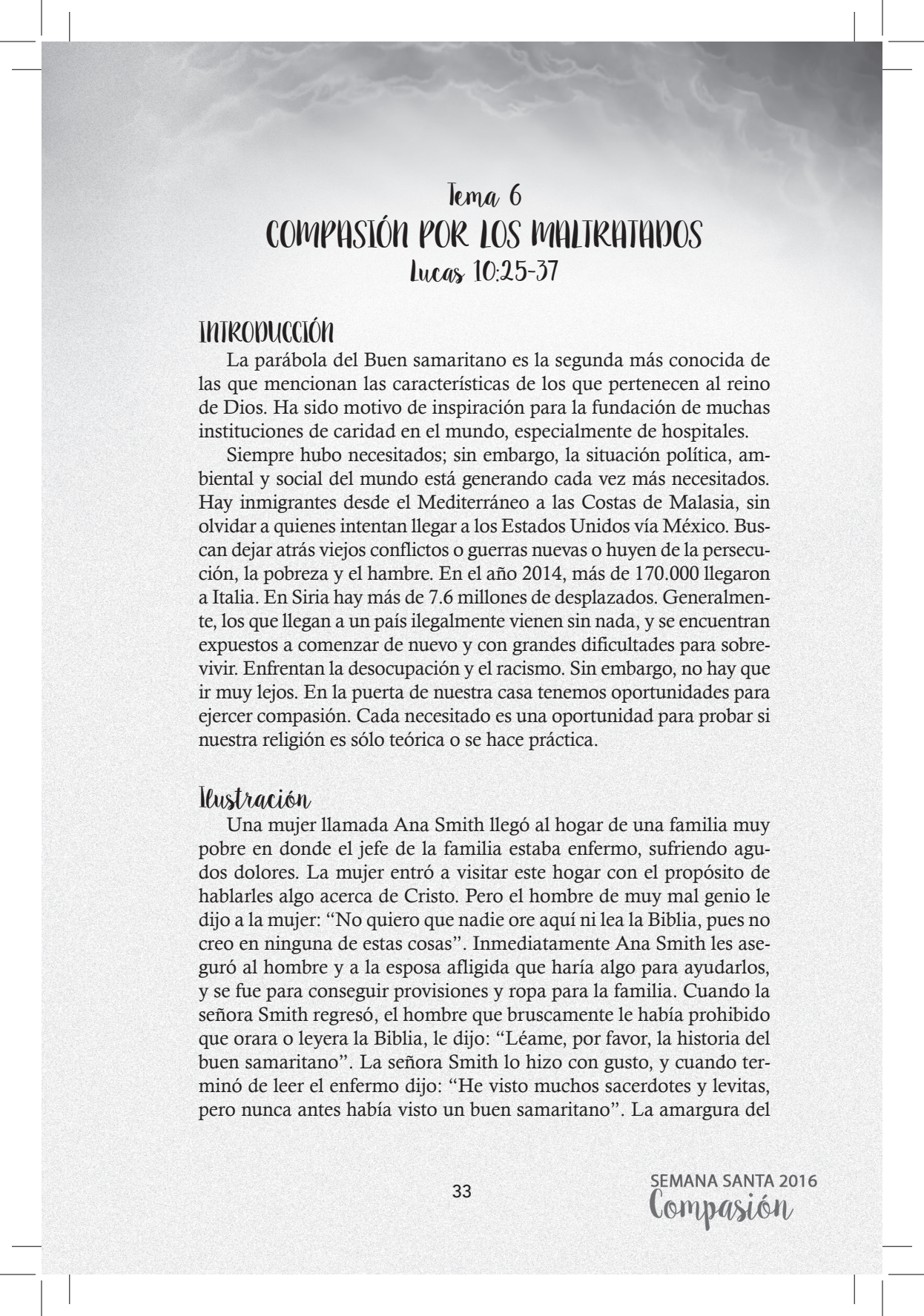
Entonces su respuesta sí que me conmovió. Nunca habría espe-rado una reacción así.

—¡Castígame, papá! —Me suplicó—. ¡Castígame! No puedo de-jar de decir esas palabras. Yo digo que no las diré más y me salen nuevamente. Allí en la sombra de esa noche de verano, abracé a mi hijo y pensé: “eso también me pasa a mí. No quiero hacer muchas cosas y las hago”.

—¡Perdóname Padre! —exclamé. Luego de largos minutos juntos, y de mezclar literalmente nuestras lágrimas, creo firmemente que am-bos fuimos perdonados.

llamado

Has cargado por años un dolor inmenso por tu pecado. Tal vez has pensado que es algo normal o que el tiempo lo arreglaría. No te engañes, el pecado no es normal, es mortal. Solo Cristo puede librar-te de ese peso que llevas en el alma. Los psicólogos intentarán mini-mizar tu culpa, pero no dará resultado. Cristo es el único que te pue-de librar, si con arrepentimiento le dices “Señor no quiero esconder más mi pecado, te lo confieso y sé propicio a mí, que soy pecador”. Aprovecha esta ocasión para abrir tu corazón y al igual que la mujer que derramó el perfume, ven a los pies de Jesús. El llanto espiritual no produce desconsuelo. Junto al llanto vendrá la mano compasiva de Cristo que consuela a los afligidos y seca las lágrimas de sus hijos. Entonces oirás las palabras de un Cristo lleno de compasión, que te dice: “Tus pecados te son perdonados, vete y no peques más”.



Tema 6

COMPASIÓN POR LOS MALTRATADOS

Lucas 10:25-37

INTRODUCCIÓN

La parábola del Buen samaritano es la segunda más conocida de las que mencionan las características de los que pertenecen al reino de Dios. Ha sido motivo de inspiración para la fundación de muchas instituciones de caridad en el mundo, especialmente de hospitales.

Siempre hubo necesitados; sin embargo, la situación política, ambiental y social del mundo está generando cada vez más necesitados. Hay inmigrantes desde el Mediterráneo a las Costas de Malasia, sin olvidar a quienes intentan llegar a los Estados Unidos vía México. Buscan dejar atrás viejos conflictos o guerras nuevas o huyen de la persecución, la pobreza y el hambre. En el año 2014, más de 170.000 llegaron a Italia. En Siria hay más de 7.6 millones de desplazados. Generalmente, los que llegan a un país ilegalmente vienen sin nada, y se encuentran expuestos a comenzar de nuevo y con grandes dificultades para sobrevivir. Enfrentan la desocupación y el racismo. Sin embargo, no hay que ir muy lejos. En la puerta de nuestra casa tenemos oportunidades para ejercer compasión. Cada necesitado es una oportunidad para probar si nuestra religión es sólo teórica o se hace práctica.

Ilustración

Una mujer llamada Ana Smith llegó al hogar de una familia muy pobre en donde el jefe de la familia estaba enfermo, sufriendo agudos dolores. La mujer entró a visitar este hogar con el propósito de hablarles algo acerca de Cristo. Pero el hombre de muy mal genio le dijo a la mujer: “No quiero que nadie ore aquí ni lea la Biblia, pues no creo en ninguna de estas cosas”. Inmediatamente Ana Smith les aseguró al hombre y a la esposa afligida que haría algo para ayudarlos, y se fue para conseguir provisiones y ropa para la familia. Cuando la señora Smith regresó, el hombre que bruscamente le había prohibido que orara o leyera la Biblia, le dijo: “Léame, por favor, la historia del buen samaritano”. La señora Smith lo hizo con gusto, y cuando terminó de leer el enfermo dijo: “He visto muchos sacerdotes y levitas, pero nunca antes había visto un buen samaritano”. La amargura del

hombre y sus prejuicios desaparecieron gracias a la buena acción de una cristiana (Arnold).

Para entender esta parábola desde otros ángulos, propongo encararla por medio de cinco preguntas:

I. ¿CUÁNTO SABES Y CUÁNTO PRACTICAS?

La historia comienza con la pregunta no muy bien intencionada de un maestro judío de la ley a Jesús: “¿Haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?”

El Señor Jesucristo aprovechó la oportunidad para dar una lección a aquellos que participaban de la reunión y también a nosotros en la actualidad. Jesús le habló en su mismo idioma: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo la interpretas?”.

La respuesta casi automática del escriba incluye una combinación de dos textos de la Tora: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo” (Deut. 6:5; Lev. 19:18). La amalgamación de estos dos textos aparentemente ya era costumbre entre los judíos. Y este había hecho una fusión de textos genial. El escriba demuestra un alto grado de conocimiento de la Tora; sin embargo, aunque era muy bueno para argumentar, y sabía de memoria infinidad de textos, más importante que la fusión de dos textos era la fusión de dos conceptos: el amor a Dios y el amor al prójimo. ¿Entenderían los judíos esta combinación del amor a Dios y el amor al prójimo en un solo amor? La respuesta es un rotundo ¡No! Para ellos, amar a Dios no era lo mismo que amar al prójimo, ni amar al prójimo era lo mismo que amar a Dios.

Jesús aprobó la respuesta del escriba, pero insistió en que había más entre manos que una respuesta teórica correcta; la interpretación correcta de un pasaje nunca asegura de por sí una vida correcta dentro del pacto. Por esto Jesús agrega “Haz esto y vivirás” (v. 28).

II. ¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?

“La pregunta del escriba ‘¿quién es mi prójimo?’ no es una simple evasiva. Es una pregunta muy fundamental para todo judío contemporáneo de Jesús. El judío común y corriente vivía en un mundo concéntrico: en el centro estaba la persona judía rodeada por sus parientes más cercanos; en los círculos siguientes estaban sus parientes más distantes, luego todos los compatriotas judíos, tanto por nacimiento o por conversión. El vocablo “prójimo” encerraba un concepto recíproco; yo soy hermano para él, y él lo es para mí. Patentemente es

un círculo egocéntrico tanto como etnocéntrico. A todas luces, es un círculo diseñado específicamente con miras a la exclusión. El círculo aseguraba auxilio a los de adentro y la total falta de ayuda a los de afuera (*Kistemaker*, p. 167). Pero el exclusivismo se llevaba a extremos: los fariseos excluían a todos menos otros fariseos, los rabinos deseaban inclusive que los herejes, delatores y renegados fueran arrojados en una fosa para no sacarlos jamás. El comentarista Jeremías agrega: “No se le pide a Jesús una definición del compañero, sino que debe decir dónde se encuentran los límites del deber del amor dentro de la comunidad y del pueblo ¿Hasta dónde alcanza mi obligación? (*Las parábolas de Jesús*, p. 246)” (Roberto Fricke, *Las parábolas de Jesús*, 164).

III. ¿HASTA DÓNDE ALCANZA MI OBLIGACIÓN?

En la historia no se muestra si el herido era pobre o rico. Se describe simplemente a alguien que necesitaba ayuda. La historia no describe si el herido le prometió pagar todos los gastos y el tiempo invertido. Este actuó simplemente por compasión. De acuerdo al concepto de negocios, el samaritano trabajó a pérdida.

Cristo en esta parábola nos está diciendo que respondamos a una necesidad que pudiera no ser oportuna. Hay riesgos en ser compasivo. Lo más sabio y seguro para el samaritano habría sido seguir su dirección y dejar que el maltratado enfrentara las consecuencias. A veces tendremos que actuar aunque no haya ninguna garantía de los resultados que nos gustaría ver.

Alguien que no pueda darme las gracias ni pagarme. Es propio de la naturaleza humana querer recibir crédito por el bien que hacemos, sobre todo si hemos hecho algún tipo de sacrificio. Aun como creyentes, podemos sentirnos tentados a afirmar que estamos “dando gloria a Dios”, cuando lo que realmente queremos es la gratificación del reconocimiento por nuestros esfuerzos. O bien, podemos sentir que nuestro resentimiento es justificado, cuando la persona que ayudamos parece desagradecida o no responde como nosotros creemos que es correcto.

El samaritano sabía que el hombre que estaba medio muerto no era capaz de expresar agradecimiento ni de devolver la ayuda que había recibido. Cuando llegara el momento de su recuperación, el desconocido que lo ayudó se habría marchado hace tiempo. En Mateo 6.1-4, Jesús explica cómo debemos tratar a los necesitados. Nos enseña que debemos dar a los demás en secreto, intencionalmente, y sin regonar lo que hemos hecho para recibir elogios. Descubriremos

que nos dará más alegría poder demostrar amor, dando nuestro tiempo, energías y recursos, sin condiciones. Alguien por quien valga la pena arriesgarme, aunque tenga mis temores.

Alguien que es amado y valorado por Dios, a pesar de mis prejuicios. Los líderes religiosos solo vieron a un hombre indigno, que podía trastocar sus vidas o causarles daño, mientras que el samaritano vio a otro ser humano que merecía ser tratado con dignidad. Es evidente que el samaritano reconoció al hombre como un individuo con un futuro, no simplemente como alguien definido por su situación presente.

IV. ¿POR QUÉ NO CAMBIAR DE PREGUNTA?

En el último discurso que pronunció Martin Luther King, relató su propia experiencia por el antiguo camino de Jericó. Cuando vio el traicionero y sinuoso camino, se dio cuenta de cuán preocupados debieron haber estado el sacerdote y el levita de Lucas 10 en cuanto a su propia seguridad, al ver al hombre moribundo. El Dr. King concluyó que, más allá de su temor de volverse ceremonialmente impuros, ellos pueden muy bien haberse sentido preocupados de que hubiera ladrones cerca, o de que el hombre lo estuviera atrayendo a una trampa.

El Dr. King vio lo fácil que es hacernos la misma pregunta: Si me detengo a ayudar, ¿qué me pasará a mí? “Pero luego”, dijo, “vino el Buen samaritano, y éste puso la pregunta al revés: ‘Si no me detengo a ayudar a este hombre, ¿qué le pasará a él?’”. En esencia, lo que Jesús quiere es que invirtamos la pregunta, para que podamos poner a otros antes que a nosotros mismos.

Ilustración

Un padre caminaba nervioso en su casa, mirando el reloj que ya indicaba más de media noche. Le preocupaba que su hija, que recién había cumplido 18 años, no llegaba a su casa. Ella le había prometido regresar antes de las 12. No resistió más. Conocía el lugar, así que decidió salir a buscarla. Estaba nervioso y hasta ofuscado. Su hija nunca le había fallado. Aceleraba la marcha. Afortunadamente, a esa hora no había mucho tránsito. Al llegar a una zona considerada no muy segura y en la que se habían registrado algunos asaltos, se vio obligado a bajar la velocidad. Inmediatamente percibió que se había producido un accidente, y según se notaba, había sido reciente. Solo se había detenido una mujer que intentaba ayudar. “Tengo que pasar de largo”, pensó. “No puedo perder mi objetivo”. “Además, ya hay alguien allí y sin duda va a llamar a emergencia”. Cuando se disponía a acelerar, el espíritu del samaritano

lo dominó, obligándose a frenar bruscamente y a acercarse al lugar del accidente. Cuando bajó, oyó quejidos dentro del vehículo que parecía estar prendiendo fuego. Cuando se acercó para abrir la puerta, notó que quien estaba herida y atrapada entre los bancos del vehículo era su propia hija. Con inusitada fuerza logró desprenderla de los fierros, y cuando la retiraba en sus brazos, el fuego hizo presa del vehículo. Había actuado justo a tiempo. Estremeciéndose se preguntó: ¿qué hubiera sido si no me hubiera detenido?

A tu lado hay gente que espera tu ayuda. Cristo nunca pasó de lado y te dejó abandonado. No puedes ser insensible a ese clamor. La compasión de Cristo debe ser la tuya. Y recuerda, al salvar una vida, puedes estar salvando la tuya.

V. ¿A QUIÉN REPRESENTA EL MALTRATADO?

Muchas veces pensamos en el Buen samaritano de la parábola como la figura semejante a Cristo; de verdad, así es, porque Jesús “anduvo haciendo el bien” (Hech. 10:38). Pero en un sentido más profundo, el hombre que cayó entre ladrones es el representante de Cristo, el prójimo que necesita de mi ayuda. Es a Cristo, quien quedó desnudado, golpeado y dejado por muerto, a quien el samaritano ayudó. Este es el corazón del ágape cristiano: “me lo hicisteis a mí”. No hay mérito en nuestro servicio, porque lo mejor que podamos hacer no es digno de aquel quien hizo tanto por nosotros. El pobre que sufre, a quien yo ayudo, me confiere un favor, no yo a él, porque me muestra a Cristo, hace que Cristo sea real para mí, me permite tocar, atender y servir a Cristo.

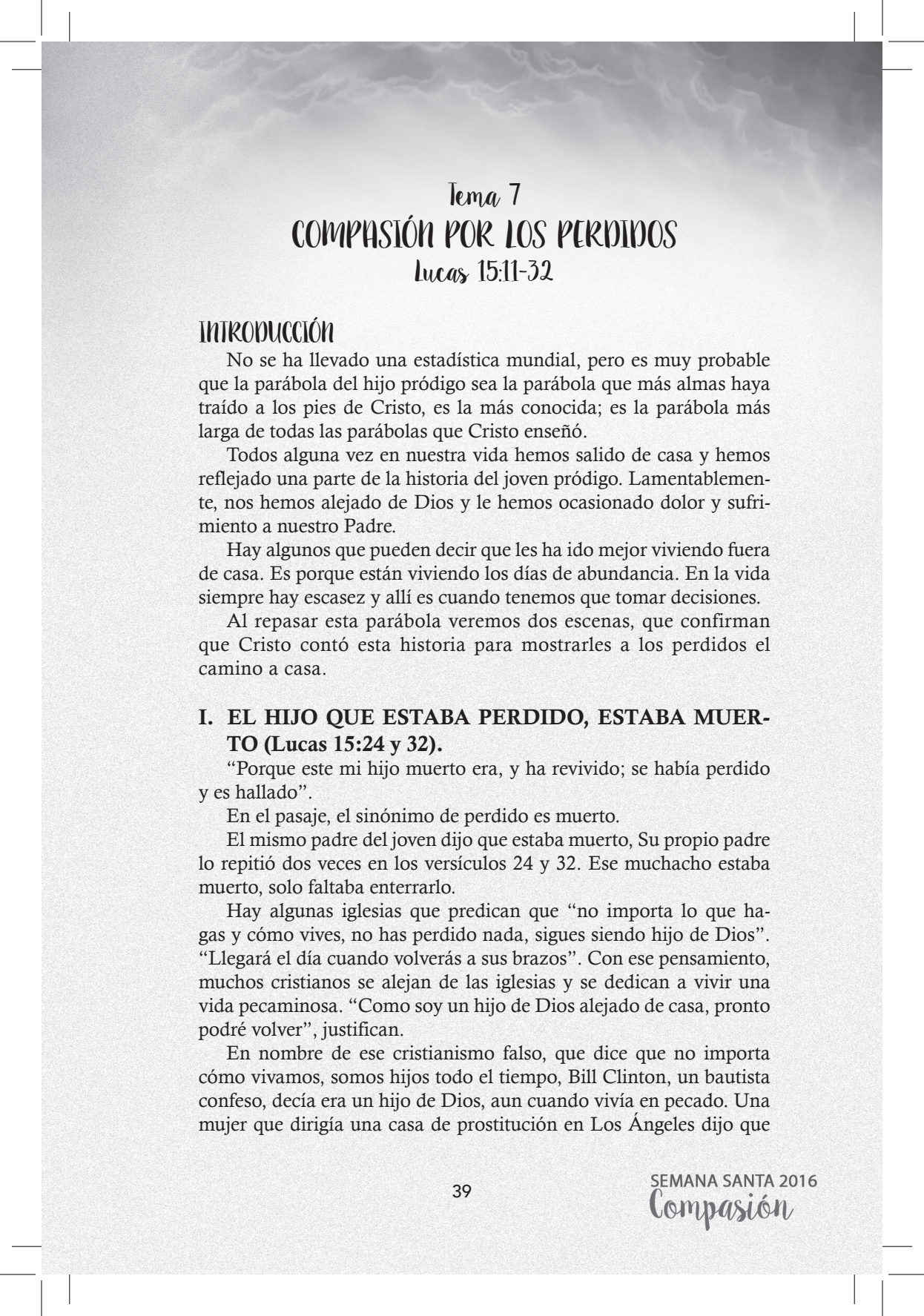
La próxima vez que veas a alguien digno de compasión, piensa en esto: El necesitado que está delante de mí es la oportunidad de devolver un poco la compasión que Cristo tuvo por mí. La verdad, yo soy el maltratado que yacía en el camino sufriendo las consecuencias de mis transgresiones y locuras, pero Cristo pasó junto a mí, se detuvo, me limpió las heridas, me cargó en sus brazos, me llevó a un lugar seguro, y además, pagó la cuenta de mis gastos. Yo, sin merecerlo, recibí la misericordia de Cristo. Y ese pago, no fue poco, significó la sangre de Cristo que pagó mi rescate. El murió para que yo pudiese vivir.

Conclusión

Esta es la verdadera compasión: *esplagnízomai*, un verdadero amor, un amor que viene de las entrañas y que no tiene límites, un amor que tenemos que aprender.

Haz esta oración:

Señor, no quiero pasar de lejos
ante el hombre herido en el camino de la vida.
Quiero acercarme
y contagiarme de tu compasión
para expresar tu amor y tu ternura,
Tú, Jesús, buen samaritano,
acércate a mí,
herido por las flechas de la vida,
por el dolor de tantos hermanos,
por los misiles de la guerra,
Sí, acércate a mí,
buen samaritano;
y llévame en tus brazos;
Ven, buen samaritano,
y hazme a mí tener tus mismos sentimientos,
para no dar nunca ningún rodeo
ante el hermano que sufre,
sino hacerme compañero de sus caminos,
amigo de sus soledades,
cercano a sus dolencias,
para ser, como Tú, “ilimitadamente bueno”
y pasar por el mundo “haciendo el bien”
y “curando las dolencias”.



Tema 7

COMPASIÓN POR LOS PERDIDOS

Lucas 15:11-32

INTRODUCCIÓN

No se ha llevado una estadística mundial, pero es muy probable que la parábola del hijo pródigo sea la parábola que más almas haya traído a los pies de Cristo, es la más conocida; es la parábola más larga de todas las parábolas que Cristo enseñó.

Todos alguna vez en nuestra vida hemos salido de casa y hemos reflejado una parte de la historia del joven pródigo. Lamentablemente, nos hemos alejado de Dios y le hemos ocasionado dolor y sufrimiento a nuestro Padre.

Hay algunos que pueden decir que les ha ido mejor viviendo fuera de casa. Es porque están viviendo los días de abundancia. En la vida siempre hay escasez y allí es cuando tenemos que tomar decisiones.

Al repasar esta parábola veremos dos escenas, que confirman que Cristo contó esta historia para mostrarles a los perdidos el camino a casa.

I. EL HIJO QUE ESTABA PERDIDO, ESTABA MUERTO (Lucas 15:24 y 32).

“Porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido y es hallado”.

En el pasaje, el sinónimo de perdido es muerto.

El mismo padre del joven dijo que estaba muerto, Su propio padre lo repitió dos veces en los versículos 24 y 32. Ese muchacho estaba muerto, solo faltaba enterrarlo.

Hay algunas iglesias que predicán que “no importa lo que hagas y cómo vives, no has perdido nada, sigues siendo hijo de Dios”. “Llegará el día cuando volverás a sus brazos”. Con ese pensamiento, muchos cristianos se alejan de las iglesias y se dedican a vivir una vida pecaminosa. “Como soy un hijo de Dios alejado de casa, pronto podré volver”, justifican.

En nombre de ese cristianismo falso, que dice que no importa cómo vivamos, somos hijos todo el tiempo, Bill Clinton, un bautista confeso, decía era un hijo de Dios, aun cuando vivía en pecado. Una mujer que dirigía una casa de prostitución en Los Ángeles dijo que

era una cristiana renacida, y seguía firme con su triste negocio. Y luego, un líder evangélico se levantó y dijo: ¡No la juzguen! ¿Qué clase confusa de cristianismo es ese? Se llama “antinomianismo”, y viene de la creencia de que se puede vivir en profundo pecado, quebrantando la ley de Dios y ser hijo de Dios al mismo tiempo. Explica que la gracia de Dios nos libera de la observancia de las leyes morales.

Las estadísticas muestran que Brasil es el país más religioso de América del Sur. El 90% dice ser cristiano. Tiene el mayor número de católicos que cualquier país en el mundo, y las iglesias evangélicas más grandes de Latinoamérica. Pero ¿qué sucede en días de carnaval? ¿Dónde están nuestros jóvenes cristianos? “Es un asunto cultural”, explican, “eso es normal”.

Hay un artículo de un evangelista que dijo: “Yo vivo en Carolina del Sur, y amo el Sur, no me estoy burlando de nadie de allí, ¡pero parece que todo el mundo allí dice que está convertido! En algunos estados del Sur, hay una iglesia en casi cada esquina. Incluso nuestros políticos y estrellas de cine dicen que son salvos. Sin embargo, tenemos más asesinatos, violaciones, drogas, pornografía, divorcio, mentiras y robos que nunca. Entonces ¿qué está mal? ¿Cuál es el problema? El problema es que hay miles de personas que dicen ser cristianas y no se han convertido. Decir que uno puede ser cristiano y participar del mundo a la vez es una idea infernal. ¡Ha dañado millones de almas, ha paralizado las iglesias, y ha traído la ruina espiritual a una nación!

“Cristo no puede compartir un corazón dividido; el pecado y Jesús nunca están en sociedad. [...] Si el alma es santificada por la verdad, odia y resiste el pecado” (TM 160).

“Cualquier hábito o práctica que pueda inducir a pecar y atraer deshonra sobre Cristo, debe ser desechado cueste lo que costare”... (DTG 406).

II. EL HIJO QUE ESTABA PERDIDO, VUELVE EN SÍ

Esta parábola muestra un ejemplo perfecto de conversión verdadera. La conversión de Pablo siguió este modelo. Grandes predicadores del siglo XX experimentaron el modelo de conversión del pródigo. Aun antes de ellos, muchos líderes de la iglesia pasaron por lo mismo: Lutero, Bunyan, whitefield, ambos hermanos Wesley. Así también como las conversiones de C. H. Spurgeon, R.A. Torrey, y uno de los grandes predicadores de China, el Dr Jhon Sung.

- a. Este es el motivo que Jesús tenía para dar la Parábola del Hijo Pródigo. Para darnos un retrato de la conversión. En ninguna otra parte se da una descripción tan detallada de cómo sucede una conversión. Las etapas de este modelo son las siguientes:
1. El hijo quería ser independiente de su padre; ya no quería que su padre lo controlara. Quería ser “libre”. El Pródigo no negaba la existencia de Dios. Él asistía a servicios religiosos con sus padres. Pero en lo profundo de su corazón estaba escondido el deseo de la supuesta “libertad”. Él quería dejar de observar todas las normas y reglamentos del padre. Quería sentir experiencias deleitosas que nunca había disfrutado antes. Ahora ya era un hombre, y quería valerse de sí mismo y hacer sus propias reglas, en vez de estar bajo el control de su padre. Si tienes pensamientos semejantes, ojalá que “vuelvas a ti mismo” ahora, antes de entrar en la ruina y la vergüenza que vendrá después.
 2. Pero pronto el Pródigo en la parábola llegó a otra etapa. Él había recibido su herencia temprano, antes de la muerte de su padre. Tomó ese dinero y se fue a un país lejano. Ahora haría todas las cosas con las que antes solo había soñado. Así días y noches disfrutando “los deleites temporales del pecado” (Hebreos 11:25).
 3. Al poco tiempo, llegó a la tercera etapa, cuando “todo lo hubo malgastado”. Ahora no había nada que satisficiera su hambre. Todos sus pecados no le daban satisfacción ahora.
 4. Y fue en esta condición terrible que llegó a la cuarta etapa: “volviendo en sí” (Lucas 15:17). O como expresa una traducción moderna: “Él volvió a sus sentidos cabales”.

¡Qué necio había sido! Él era como una persona loca que iba de un pecado a otro. Nosotros hemos visto jóvenes hacer cosas salvajes, extrañas. Hemos visto jóvenes irse tan lejos en el pecado que finalmente dejan nuestra iglesia. Los hemos visto sumergirse en pecados todavía más profundos. Ahora ya nadie los podía detener. Ellos nunca pensaron que llegarían tan profundamente en el pecado. Ellos pueden tener éxito en los negocios y por fuera parecer que les va bien, pero con respecto a las cosas de Dios se vuelven como animales, sin paz en su corazón, y sin esperanza en el mundo.

- a. “Y volviendo en sí” (Lucas 15:17).

Este es el primer trabajo de gracia en el corazón de un pecador perdido. Solamente el Espíritu Santo puede hacer que un

pecador vuelva a sus sentidos y comience a pensar sabiamente sobre su vida, y sobre su destino eterno. Y no oigas al Diablo si te dice que siempre podrás regresar, como el Pródigo. ¡No cuentes con eso! Solamente puedes venir si Dios te trae, y no hay garantía de que te traerá de regreso si te metes voluntariamente en el pecado. Él podría decir: “Efraín es dado a ídolos; déjalo” (Oseas 4:17). Tomemos unos minutos para ver como la Parábola del Pródigo revela la conversión de un pecador perdido.

b. Volviendo en sí

“Volviendo en sí” – cuando volvió a sus sentidos cabales. Esta es la primera señal de que la gracia de Dios está operando en tu vida.

A veces este cambio de mentalidad sucede de repente. Así le sucedió al Sr. Griffith, que canta: “Lord, I’m Coming Home” (Señor, estoy volviendo a casa). Él experimentó una conversión repentina, de estilo antiguo. Un día, fue a la iglesia con un amigo. Ese día predicador estaba hablando claramente sobre el pecado y el juicio. El amigo le dijo: “Vámonos de aquí”, pero Griffith le respondió: “Espera, quiero oír esto”. El otro muchacho se fue, literalmente huyendo del mensaje. Griffith se quedó. Allí se convenció de pecado. “El predicador tiene razón. Yo soy un pecador”, pensó. Allí mismo, confió en Jesús y fue salvo. Él fue lleno del deseo de las cosas de Dios de la misma manera en la que antes había deseado las cosas del pecado. Todos los que lo conocen saben que su cambio de corazón fue verdadero, aunque llegó de repente la primera vez que él oyó el Evangelio. Así fue la conversión del pastor César. Así fue la conversión de un sobrino mío. Esa es la manera como muchos de los aquí presentes fueron convertidos. Esa es la manera en que ellos volvieron a sus sentidos de repente – y confiaron en Jesús en un instante. ¡Y fueron salvos la primera vez que oyeron predicar el Evangelio!

c. “Y volviendo en sí” (Lucas 15:17).

Por otra parte, a veces este cambio viene muy gradualmente, muy despacio. Así fue como se convirtió el hermano López. Vino a la iglesia y se quedó luego del sermón. Él tenía su propia manera de pensar y comenzó a discutir con los instructores que trataban de conectarlo a Jesús. Un día discutió con el pastor muy fuertemente y fue reprendido con la Palabra. En ese momento, se fue de la iglesia y trató de hallar otra iglesia en la que la conversión fuera más fácil.

Finalmente, en una ocasión, encendió la televisión y vio un programa en el canal Nuevo Tiempo. Sintió que de algún modo Dios le estaba hablando a él, y rompió en llanto. ¡El siguiente sábado volvió a la iglesia. Cuando fue confrontado a la Palabra, volvió, ¡y nos regocijamos! Cuando buscó a los instructores nuevamente, su orgullo estaba quebrantado. Él confió en Jesús y se convirtió.

- d. “Y volviendo en sí” (Lucas 15:17).

Uno de nuestros muchachos, muy activo en el club de Conquistadores, aun no se había entregado al Señor. Luchó y luchó resistiendo a Jesús, buscando una sensación de bienestar, en lugar de buscar el perdón de sus pecados. Una mañana estaba con lágrimas en los ojos, ya cansado de luchar. Alguien se arrodilló junto a él y al lado de su madre, y en ese instante él confió en Jesús. Así se convirtió.

- e. “Y volviendo en sí” (Lucas 15:17).

Robinson, un alumno del internado, odiaba la iglesia, y odiaba al preceptor porque lo hacía asistir todos los sábados a la iglesia. Una mañana el Espíritu Santo irrumpió en su corazón. Ese alumno vino llorando, casi de rodillas, reconociendo el amor de Dios. ¡Y en ese momento él fue salvo como un cristiano entregándose a los pies de Jesús! ¡Oh, gloria a Dios! ¡Se convirtió!

CONCLUSIÓN

Es posible que quieras hacer un esfuerzo para venir a Jesús. Piensas que tus amigos disfrutan de una linda vida cristiana y tú no. Ya te cansaste de esto. Es ahora el momento de caer sinceramente delante de Dios y decirle lo que vives. Tienes que estar dispuesto a dejar todo, incluso los cerdos y los algarrobos que te alimentan. Allí encontrarás al compasivo Padre que te espera con brazos abiertos. Si sigues esa vida equivocada, un día oirás las tristes palabras “Nunca te conocí; apártate de mí” (Mateo 7:23). Y, “Allí será el llanto y el crujir de dientes”, cuando veas a todos los que fueron presentados en el reino de Dios; y tú quedas excluido (Lucas 13:28).

El Padre espera que en un momento vuelvas ‘en ti’ y a sus brazos. Él podría ir a buscarte y traerte a la fuerza, pero te sentirías obligado a amarlo; y así no funciona el amor.

Ilustración:

Un rey todopoderoso que conquistó un reino vecino, arrastró para su palacio a una princesa. Él, con todo su poder y autoridad, le dio a la princesa todo lo que un rey podía darle, pero vio que la princesa tenía los ojos tristes y le preguntó lo siguiente:

—¿Por qué tus ojos están tristes?

—Porque no tuve opción, yo no tuve elección; no escogí amar o no amar.

El rey le preguntó

—¿Qué puedo hacer para que me ames?

—Usted puede dejarme libre

—¿Y si no vuelves más?

—Si no vuelvo más, entonces me habrá perdido.

—¿Y si no te dejo partir?

Si no me deja partir, tendrá una amante cautiva, lo que significa una amante falsa.

Entonces, el rey tiene que decidir si se relaciona con el objeto de su amor a partir de su poder, o se relaciona con el objeto de su amor a partir de la correspondencia a ese amor.

El amor y compasión de Dios para con nosotros son perfectos, porque él nos deja ser libres. Sin embargo, su amor no se apaga. Su compasión te alcanzará y hoy aguarda tu retorno.

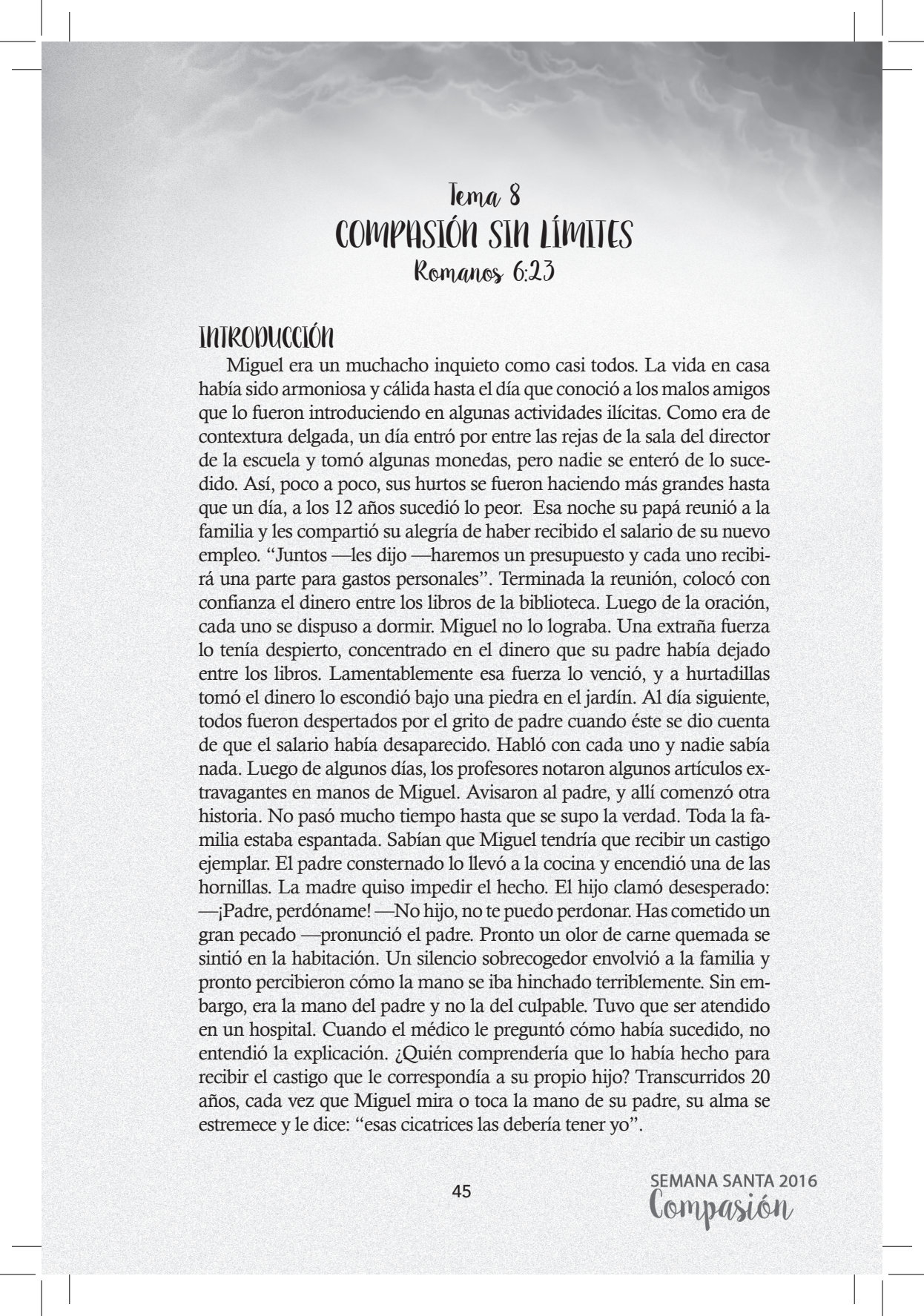
¡Te ruego, piensa ahora! ¡Piensa ahora! ¡Piensa ahora! “Y volviendo a sus sentidos”. ¡Oh, que vuelvas a tus sentidos hoy! El padre compasivo nunca dejó de esperarte. Y siempre espera que se diga de ti:

“Y volviendo en sí” (Lucas 15:17).

“El joven dijo en su corazón: Me levantaré e iré a Jesús ahora”.

Si vuelves a Cristo, él te recibirá como el padre recibió al hijo pródigo. “No le dirigió reproches, sino que con la más tierna compasión y piedad, por el hecho de que a causa de su propia conducta pecaminosa había atraído tantos sufrimientos, se apresuró a darle pruebas de su amor y su perdón” (1JT 3016.2).

Si te gustaría ser cristiano, por favor deja tu asiento ahora, y ven. Comienza tu viaje de regreso a casa.



Tema 8

COMPASIÓN SIN LÍMITES

Romanos 6:23

INTRODUCCIÓN

Miguel era un muchacho inquieto como casi todos. La vida en casa había sido armoniosa y cálida hasta el día que conoció a los malos amigos que lo fueron introduciendo en algunas actividades ilícitas. Como era de contextura delgada, un día entró por entre las rejas de la sala del director de la escuela y tomó algunas monedas, pero nadie se enteró de lo sucedido. Así, poco a poco, sus hurtos se fueron haciendo más grandes hasta que un día, a los 12 años sucedió lo peor. Esa noche su papá reunió a la familia y les compartió su alegría de haber recibido el salario de su nuevo empleo. “Juntos —les dijo— haremos un presupuesto y cada uno recibirá una parte para gastos personales”. Terminada la reunión, colocó con confianza el dinero entre los libros de la biblioteca. Luego de la oración, cada uno se dispuso a dormir. Miguel no lo lograba. Una extraña fuerza lo tenía despierto, concentrado en el dinero que su padre había dejado entre los libros. Lamentablemente esa fuerza lo venció, y a hurtadillas tomó el dinero lo escondió bajo una piedra en el jardín. Al día siguiente, todos fueron despertados por el grito de padre cuando éste se dio cuenta de que el salario había desaparecido. Habló con cada uno y nadie sabía nada. Luego de algunos días, los profesores notaron algunos artículos extravagantes en manos de Miguel. Avisaron al padre, y allí comenzó otra historia. No pasó mucho tiempo hasta que se supo la verdad. Toda la familia estaba espantada. Sabían que Miguel tendría que recibir un castigo ejemplar. El padre consternado lo llevó a la cocina y encendió una de las hornillas. La madre quiso impedir el hecho. El hijo clamó desesperado: —¡Padre, perdóname! —No hijo, no te puedo perdonar. Has cometido un gran pecado —pronunció el padre. Pronto un olor de carne quemada se sintió en la habitación. Un silencio sobrecogedor envolvió a la familia y pronto percibieron cómo la mano se iba hinchado terriblemente. Sin embargo, era la mano del padre y no la del culpable. Tuvo que ser atendido en un hospital. Cuando el médico le preguntó cómo había sucedido, no entendió la explicación. ¿Quién comprendería que lo había hecho para recibir el castigo que le correspondía a su propio hijo? Transcurridos 20 años, cada vez que Miguel mira o toca la mano de su padre, su alma se estremece y le dice: “esas cicatrices las debería tener yo”.

Siempre deberíamos tener esa frase en mente: “Esas cicatrices las debería tener yo”. El día que realmente comprendamos lo que sucedió aquella tarde en la cruz del Calvario, entenderemos lo que significan amor y compasión. Para comprender esto, repasemos juntos lo que sucedió en dos jardines: El jardín del Edén y el Jardín del Getsemaní.

I. LO QUE SUCEDIÓ EN EL JARDÍN DEL EDÉN.

- a. Al crear Dios al hombre le dio una orden: “De todo árbol del huerto comeréis libremente, más del árbol del conocimiento del bien y del mal no comeréis, porque el día en que de él comiereis, ciertamente morirás” (Gén. 2:16, 17). En esa orden estaba comprendido el principio de retribución. Eso significa que, la obediencia merece la vida y la desobediencia merece la muerte. El hombre pecó. Todos nosotros pecamos y la desobediencia produce muerte. Teníamos que morir. “La paga del pecado es la muerte” (Rom. 6:23).
- b. El hombre no quiere morir, pero alguien tiene que morir. Alguien tiene que pagar el precio del pecado en lugar del ser humano. Ahí es cuando aparece la figura compasiva del Hijo. Él dice: “Padre, el hombre merece morir porque pecó, pero antes de cumplir la sentencia, quiero ir a la tierra como hombre y vivir como él; quiero asumir su naturaleza, experimentar sus problemas, sufrir sus tristezas, sus alegrías y tentaciones”. Fue por eso que Cristo vino a este mundo como un niño.
- c. Él no solo parecía hombre, era un hombre de verdad, como tú y como yo. Tuvo las mismas luchas que tú tienes, a veces se sintió solo e incomprendido. Experimentó tus tentaciones, y es por eso, y no simplemente porque es Dios, que él está más cerca de amarte y comprenderte que de juzgarte y condenarte.
- d. Cristo, después de haber vivido en este mundo, podría decir: Padre, yo viví en la tierra como un ser humano, y fui tentado en todo, pero no pequé. Como ser humano, gané el derecho a la vida. El hombre, por el contrario, pecó y merece la muerte. Ahora, Padre, el principio de retribución no impide que haga un cambio. Siendo así, la muerte que el hombre merece, quiero morirla yo. Y la vida que yo merezco, porque no pequé, quiero ofrecérsela al hombre.

Fue eso lo que sucedió en la cruz del calvario. Un cambio por amor. Alguien murió en nuestro lugar.

II. LO QUE SUCEDIÓ EN EL JARDÍN DEL GETSEMANÍ

- a. Unos días antes de la muerte de Cristo, la policía capturó a un cri-

minal llamado Barrabás. El delincuente fue juzgado y condenado a muerte. Debía ser clavado en una cruz. Esa era una muerte cruel. Nadie muere por las heridas causadas en las manos o en los pies. En la cruz, la sangre se va acabando gota a gota. A veces el condenado quedaba clavado varios días. El sol abrazador y el frío de la noche, el hambre, la sed, iban acabando poco a poco con su vida.

- b. Después del juicio, las autoridades contrataron un carpintero para preparar la cruz de Barrabás. Allí estaba el delincuente y allí estaba su cruz. Con las medidas y con su nombre. Pero aquel día los judíos prendieron a Jesús. Él también fue juzgado y condenado. La historia cuenta que un hombre llamado Pilato, intentando defenderlo los presentó delante del pueblo: Cristo y Barrabás, y dice: En estas fechas tenemos por costumbre soltar un prisionero. ¿A quién quieren que suelte esta vez: a Cristo o a Barrabás? (Mat. 27:17)

El pueblo enloquecido gritó: -¡Suelta a Barrabás! ¡Crucifica a Cristo! (Mat. 27:22,23)

- c. El Pastor A. Bullón, comentando este hecho en su libro *Conocer a Jesús es Todo*, dice que si hay alguien haya entendido alguna vez la plenitud del sentido de la expresión “Cristo murió en mi lugar” fue Barrabás. No lo podía creer. Él, un marginal, el hombre malo, estaba libre. Y aquel Jesús, manso e simple, que sólo vivió sembrando amor, sanando, resucitando, estaba allí para morir en su lugar.
- d. Bullón continúa imaginando: Ya no había más tiempo para llamar al carpintero y preparar una cruz para Cristo. Allí estaba una cruz disponible, con las medidas de otro, con el nombre de otro, preparada para otro; y aquella tarde, Cristo ascendió al monte calvario cargando una pesada cruz, una cruz “ajena”, porque nadie preparó una cruz para él. ¿Por qué? Simplemente porque él no merecía una cruz. Aquella tarde Cristo estaba cargando mi cruz. Era yo quien merecía morir, mas él me amó tanto que decidió morir en mi lugar, y me ofreció el derecho a la vida que como hombre, él había conquistado.
- e. Allí en el Calvario, Cristo es crucificado. La cruz es levantada y con el peso del cuerpo la carne se rasga. La corona de espinas que le había sido colocada, le es más incómoda que nunca. La sangre le recorre el rostro. Otro soldado le hiere el costado con una lanza. Si tuviéramos una vista desde el aire, veríamos la más desconcertante escena: allí estaba el Dios-hombre muriendo por amor.
- f. Elena de White describe: El sol se oscureció por completo, el terror se apoderó de todos los que allí estaban. Los relámpagos parecían lanzados contra él... Al entregar su vida preciosa, Cristo

no se sintió animado de un gozo triunfante. Su corazón estaba desgarrado por el dolor. Pero no fueron el temor a la muerte ni el suplicio de la cruz los que causaron a Cristo tan terribles padecimientos. Fue el gravísimo peso de los pecados del mundo y el sentimiento de hallarse separado del amor de su Padre lo que quebrantó su corazón y causó tan rápida muerte al hijo de Dios (*Cristo nuestro Salvador*, p. 131.1).

- g. Hasta las aves del cielo y las bestias del campo se sentían desesperados, presintiendo en su irracionalidad que alguna cosa extraña estaba aconteciendo. Solo el hombre, la más bella e inteligente de las criaturas parecía ignorar que en aquel instante su destino eterno estaba en juego.
- h. Luego todo quedó en paz. La gente comenzó a volver a sus casas dejando la montaña solitaria. Allí colgaba, en medio de dos ladrones, Jesús, entregando su vida por la humanidad.

CONCLUSIÓN

No fue un héroe, ni un loco suicida quien murió en la cruz, no fue un revolucionario social. Era Dios hecho hombre, y como hombre tenía miedo de morir. Las palabras en el Getsemaní reflejaban este momento. “Padre, si tuvieses otra manera de salvar al hombre, si me quitaras esta prueba, yo te estaría agradecido” (VL).

La vida de toda la humanidad estaba en sus manos. Él tenía miedo, mas su amor fue mayor que el miedo. Cómo abandonar al hombre en el mundo de muerte. Eso es lo que tal vez nunca podamos comprender. ¿Por qué me amó tanto? ¿Por qué tanta compasión?

El te ama tanto que a pesar del miedo, aceptó la muerte para verte feliz.

Miguel, el niño de la historia inicial, ahora un hombre, sentía estremecimiento cada vez que miraba las cicatrices en la mano de su padre. Esas cicatrices hablaban tan fuerte a su corazón que su vida cambió. Siempre se preguntaba ¿cómo sería tan ingrato de no amar a alguien que hizo eso por mí? Esas cicatrices tan horribles las debería tener yo.

La compasión de Cristo nos transforma y nos impulsa a tener la misma compasión por los que todavía no han contemplado el amor de Cristo, manifestado en el calvario.

Nunca tendré palabras para agradecer lo que él hizo por mí. Nunca podré entender la plenitud de su amor por mí. Pero al levantar los ojos para la montaña, y ver colgado en la cruz a un Dios de amor, mi corazón se entenece y exclamo: ¡Esa cruz era para mí! ¿Cómo sería tan ingrato para no amar a alguien que hizo tanto por mí? ¿Qué dices tú?